

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL POBRECITO EMBUSTERO

Edición de Óscar Barrero

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El pobrecito embustero”:
Óscar Barrero Pérez.

EL POBRECITO EMBUSTERO

FARSA EN TRES ACTOS

Esta obra se estrenó en Madrid, la noche del Sábado de Gloria, 4 de abril de 1953, en el Teatro Cómico, con el siguiente

REPARTO

<i>Rosalía</i>	CARMEN CARBONELL
<i>Magdalena</i>	PILAR BIENERT
<i>Linda</i>	MAYDA MONTERREY
<i>Loreto</i>	BERTA RIAZA
<i>Clotilde</i>	LOLITA GÁLVEZ
<i>Doña Águeda</i>	MARUJA CARRASCO
<i>Lorenzo</i>	ANTONIO VICO
<i>Pedrín</i>	JORGE VICO
<i>Don Julián</i>	JOAQUÍN PUYOL

En un pequeña ciudad de una provincia

Escenografía: EMILIO BURGOS

Dirección de escena: ANTONIO VICO

ACTO PRIMERO

Sala de una antigua casa construida en la época isabelina.¹ La vieja arquitectura está intacta y limpia, pero algunos muebles y objetos han sido renovados al paso de los años. A la derecha, un sofá muy amplio. Sillones cómodos. Las cortinas, antiguas, son muy ricas. Algún paisaje pintado al estilo de los pintores de fin de siglo. Un gran retrato de un general de 1890 en uniforme de gala. A la izquierda, una mesa camilla. Un alto balcón al fondo, sobre una plaza pequeñita; detrás de los cristales se distingue, a lo lejos, la torrecita de la iglesia con su reloj. Una puerta en el chaflán que forman las paredes del fondo con la de la derecha. Dos puertas a la izquierda. Todo tiene el eco de un viejo esplendor conservado con mimo. Por la tarde, en otoño.

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Muy lejos, el reloj de la iglesia da cinco campanadas. Aquí, en el interior del piso, otro reloj, que no se ve, responde con otras cinco campanaditas tímidas, seguidas de un melodioso son de cajita de música. Un silencio. Dentro surgen voces de mujeres)

MAGDALENA.—*(Dentro)* ¡Clotilde!

CLOTILDE.—*(Dentro)* ¡Voy!

(Surgen en escena, a un tiempo, Magdalena, por la izquierda, y Clotilde, por el fondo. Magdalena ya no es demasiado joven. Viste de oscuro, con un excesivo recato provinciano. Está gozosamente excitada... Clotilde es una joven doncella de la casa, con un aspecto de salud impresionante. También, al parecer, está muy nerviosa)

¡Señorita!

MAGDALENA.—¿Está preparado el chocolate?

CLOTILDE.—Sí, señorita.

MAGDALENA.—¿Todo lo demás está listo?

CLOTILDE.—Sí, señorita. Creo que sí.

1 M: *En una pequeña ciudad de una provincia. Sala de una*

MAGDALENA.—Mira si no falta nada en la alcoba del señorito Pedrín...

CLOTILDE.—Ya he mirado.

MAGDALENA.—Ponle otra manta.

CLOTILDE.—Ya tiene dos.

MAGDALENA.—No importa. Ponle otra manta. A los forasteros siempre les ponemos tres mantas... *(Sale)*.

CLOTILDE.—Sí, señorita.

(Va a salir también Clotilde, pero, en el acto, surge Rosalía. Es algo más joven que Magdalena y mucho más vistosa y femenina. Viste bien. Tiene unos ojos bonitos, que aún le brillan impacientes. También, como Magdalena, está muy agitada)

ROSALÍA.—¡Clotilde!

CLOTILDE.—¡Señora!

ROSALÍA.—¿Estás segura de que funciona la ducha en el cuarto de baño?

CLOTILDE.—El verano pasado funcionaba.

ROSALÍA.—Si no funciona, avisa al fontanero. Los que vienen de América son muy aficionados a darse duchas... Tienen esa manía.

CLOTILDE.—¿En invierno también?

ROSALÍA.—También. Ya te digo que es una manía.

CLOTILDE.—¡Jesús!

(Con su última frase ha salido Rosalía. Ahora va a salir Clotilde, pero antes aparece en el fondo Lorenzo. Es un hombre de unos cincuenta años, de aspecto un poco estafalario y terriblemente abandonado. Tiene algunas canas. Su rostro expresa un beatífico ensimismamiento. Ojos cansados, de lector impenitente. Su traje está francamente anticuado. Usa una vieja corbata de lazo sobre un alto cuello duro de los que ya no se llevan. Trae en la mano un libro abierto y las gafas puestas. Entra, aunque está en su casa, con muchísima timidez)

LORENZO.—¡Chiss! ¡Clotilde!

CLOTILDE.—¡Ay!

LORENZO.—¿Está ahí ya?

CLOTILDE.—Sí, señor. Acaba de llegar con la señora y la señorita, que han ido a buscarle a la estación.

LORENZO.—¡Ah! ¡Claro! Es que arriba, en el despacho, cuando me pongo a leer no me entero de nada. *(Con ansiedad)* ¿Ha preguntado por mí?

CLOTILDE.—Sí, señor.

LORENZO.—Oye, ¿cómo es?

CLOTILDE.—Pues... es un hombrecito.

LORENZO.—¡Je! Un hombrecito, claro. ¡Un hombrecito! Y tanto que lo es. De Méjico a Madrid, en avión. Y de Madrid aquí, en tren. Él solito, como un hombre. Oye, Clotilde, ¿tú crees que yo le haré buen efecto? ¿Eh? Fíjate...

(Clotilde le mira de arriba a abajo y mueve la cabeza con cierto escepticismo)

CLOTILDE.—Pues... ¿Qué quiere que le diga, don Lorenzo? ¿Por qué no se pone el señor otro traje?

LORENZO.—¿Otro? Pero, mujer, si me he puesto el más nuevo que tengo... Lo compré en Madrid en el último viaje. En una tienda muy buena, por cierto.

CLOTILDE.—¿Sí?

LORENZO.—Sí, hija. En la calle de Toledo.

CLOTILDE.—¡Ah! Entonces...

(Dentro, airadas, surgen las voces de Rosalía y Magdalena. Lorenzo, al oírlas, hace, involuntariamente, movimientos de retroceso, en busca de la salida)

ROSALÍA.—*(Dentro)* ¡Clotilde!

LORENZO.—¡Ay! ¡Mi mujer!

MAGDALENA.—*(Dentro)* ¡Clotilde!

LORENZO.—¡Mi cuñada! ¡Huy! Me parece que las dos están un poquito nerviosas. *(Consulta su reloj de bolsillo)* Mira, luego conoceré al muchacho, cuando vuelva de dar mi lección en el Instituto. Antes quiero comprarle un regalito. ¡Je! Una sorpresa. Ya te digo que quiero causarle buen efecto. Pero guárdame el secreto... ¿Me oyes?

CLOTILDE.—¡Sí, señor!

LORENZO.—¡Chiss! ¡Chitón!

(Y con un dedo en los labios sale, muy feliz. Entra, al tiempo, Magdalena)

MAGDALENA.—Pero, mujer..., ¿no nos oyes?

CLOTILDE.—¡Sí, señorita!

MAGDALENA.—¡La merienda! ¡Vamos!...

CLOTILDE.—Sí, señorita.

MAGDALENA.—¡Ay, Jesús, Jesús!

(Sale Clotilde. Magdalena, sola, comienza a poner en la mesa camilla una pequeña mantelería para merendar. Un silencio. Aparece Rosalía)

ROSALÍA.—¡Magdalena!

MAGDALENA.—¿Qué?

ROSALÍA.—Se parece a nosotras, ¿verdad?

MAGDALENA.—*(Sonríe)* ¡Oh, no! Se parece a su madre.

ROSALÍA.—Bueno, quiero decir que se ve que es hijo de una hermana nuestra; tiene el aire de la familia.

MAGDALENA.—Eso, sí.

ROSALÍA.—Ya sé, ya sé que Victoria es la más guapa de nosotras tres. Por eso fue siempre la más afortunada en todo. Porque riéte tú: para lo que nos sirve a las mujeres el talento... En el colegio, cuando éramos niñas, Victoria era la última de la clase, y, sin embargo, hay que ver qué gracia le hacía a todo el mundo. En cambio, tú te llevabas matrícula de honor, y todos decían que eras tonta.

MAGDALENA.—*(Con sofoco)* ¡Rosalía! ¿Eso decían?

ROSALÍA.—¡Sí! Lo decían... Por eso, cuando nos hicimos mayorcitas, Victoria era la que se llevaba los chicos de calle. ¡Digo! ¡Y cómo se los llevaba! No le fallaba uno. Y, como no podía menos de ocurrir, se casó...

MAGDALENA.—*(Tímidamente)* Tu también te casaste.

ROSALÍA.—*(Furiosa)* ¡No me lo recuerdes!

MAGDALENA.—¡Ay, Rosalía!

ROSALÍA.—*(Indignadísima, casi llorando)* Yo me casé con un profesor de Historia del Instituto... ¡Con un chiflado que se pasa la vida arriba, en el despacho, pensando en Isabel la Católica, mientras yo me aburro y me desespero en este rincón!

MAGDALENA.—*(Casi sin atreverse)* Mujer... Algunas personas dicen que Lorenzo es un sabio.

ROSALÍA.—¡Sí! Un sabio que con sus manías y sus rarezas es el hazmerreír de toda Villanueva... Victoria, en cambio, se casó con un hombre extraordinario, que se la llevó de aquí el mismo día de la boda para no volver más. Y ahora,

después de veinte años en América, cuando ya son millonarios, Victoria nos manda este hijo para que conozca España...

MAGDALENA.—(*Con entusiasmo*) ¡Por patriotismo!

ROSALÍA.—¿Tú crees?

MAGDALENA.—¡Sí! Victoria es muy patriota. Ya lo decía la pobre mamá...

ROSALÍA.—¡Sí! En América todos los españoles son muy patriotas. Pero no vuelven. Aquí, en provincias, quisiera yo ver ese patriotismo.

(Entra Clotilde. Trae una gran bandeja con jícaras y tazas, pasteles y bollitos y demás provisiones para la merienda, que deposita en la mesa camilla)

CLOTILDE.—Con permiso. La ducha no funciona. Pero ya he avisado al fontanero. El hombre se creía que era una broma... ¡Ah! Le he preparado otra manta... Y el edredón.

ROSALÍA.—Anda... Dile al señorito Pedrín que le esperamos para merendar.

CLOTILDE.—Sí, señora.

(Sale Clotilde. Rosalía mira en torno con angustia)

ROSALÍA.—¡Ay, Dios mío! ¿Qué pensará Pedrín de este pueblo?

MAGDALENA.—(*Con dignidad*) ¡Rosalía! ¡Villanueva no es un pueblo...!

ROSALÍA.—¡No seas ridícula! Para un muchacho que viene de América, esto no puede ser más que un pueblo... Un pueblo feísimo.

MAGDALENA.—(*Con el natural orgullo*) ¡La iglesia es monumento nacional!

ROSALÍA.—Bueno... Pero no se lo digas.

MAGDALENA.—¿No?

ROSALÍA.—No... No hay que empeorar las cosas.

MAGDALENA.—(*Con alguna nostalgia*) Claro que sí, al menos, viviéramos en Valladolid...

ROSALÍA.—¿En Valladolid? Querrás decir si viviéramos en Madrid.

MAGDALENA.—(*Muy sincera*) Pues mira, hija: yo, entre Madrid y Valladolid, me quedo con Valladolid... Es más animado.

ROSALÍA.—¡Magdalena!

MAGDALENA.—¡Ay! ¿Qué?

ROSALÍA.—¿Qué le habremos parecido tú y yo?

MAGDALENA.—¡Figúrate! (*Sonríe*) Unas pobres tías provincianas...

(Rosalía mira a Magdalena y se mira luego a sí misma. Con cierta esperanza)

ROSALÍA.—¿Las dos?

MAGDALENA.—*(Se pica)* ¡Naturalmente! ¿Qué te has creído?

ROSALÍA.—*(Se indigna también)* ¡Ah! ¡Pues eso sí que no! Ya irá viendo ese niño que aquí estamos muy al tanto de todo lo que sucede en el mundo. Para algo estamos suscritos a «Primer Plano» y oímos Radio Madrid todos los sábados..²

(Se oye dentro un grito de Clotilde)

CLOTILDE.—*(Dentro)* ¡Ay!

ROSALÍA.—¿Qué es eso?

(Aparece Clotilde muy sofocada. Viene huyendo)

CLOTILDE.—¡Señora! El señorito Pedrín ha cogido el espadín del general, que en paz descansa, y está dando estocadas a todo lo que encuentra.

MAGDALENA.—¡Dios mío!

ROSALÍA.—¡El espadín del abuelo!

CLOTILDE.—Sí, señora. Como que si una servidora no corre...

ROSALÍA.—¡Oh!

MAGDALENA.—¡Oh!

PEDRÍN.—*(Dentro)* ¡Alto!

TODAS.—¡Ay!

(Huyen las tres al otro lado de la escena. Aparece Pedrín. Es un muchacho que, seguramente, todavía no ha cumplido los diecisiete años. Viste muy deportivamente: pantalón claro, un grueso «sweater» y un pañuelo de vivos colores al cuello. Al entrar, blande en alto un espadín de los que usaban los jefes militares de fin de siglo con los antiguos uniformes de gala. Entra con el ímpetu necesario para hacer frente a cien enemigos)

PEDRÍN.—¡Atrás!

² *Primer Plano*: revista cinematográfica iniciada en 1941. Era de carácter oficial y dependía de alguna Vice-secretaría del Movimiento Nacional.

TODAS.—¡Ay!

PEDRÍN.—¡Prepárate, Clotilde, vas a morir!

CLOTILDE.—¡Socorro!

(El muchacho, lleno de nobilísimo entusiasmo, se lanza a fondo sobre las tres mujeres. Ellas escapan)

MAGDALENA.—¡Ay!

ROSALÍA.—¡Ay, Pedrín! No seas loco.

PEDRÍN.—¡Zas! Esta para ti y esta para ti. Una por aquí y otra por allá...

MAGDALENA.—Estate quieto, Pedrín.

ROSALÍA.—¡Por Dios, Pedrín!

(Las tres mujeres, acorraladas por los ímpetus de Pedrín, se han refugiado detrás del sofá. El chico, con aire de vencedor generoso³, cesa en su persecución)

PEDRÍN.—Bien... Ya vale. El príncipe gana y las brujas se esconden en el bosque.

CLOTILDE.—*(Muy ofendida)* ¡Nos ha llamado brujas!

(Clotilde sale. Rosalía y Magdalena ríen. Pedrín levanta el espadín y lo contempla embelesado)

PEDRÍN.—Oye... ¿A cuántos tíos mató el bisabuelo con este sable?

MAGDALENA.—*(Indignada)* ¡Jesús! Pero ¿qué idea tiene este chico de los generales?

ROSALÍA.—Mujer... Ten en cuenta que viene de Méjico. Mira, Pedrín. El abuelito nunca mató a nadie. ¿Comprendes? Y muchísimo menos con este sable. Este sable lo llevaba con el uniforme de gala para los desfiles, para los bailes en palacio y para ir a la ópera...

PEDRÍN.—*(Entusiasmado)* ¡Qué tío bárbaro!

ROSALÍA.—*(Boquiabierta)* ¿Quién?

PEDRÍN.—El viejo...

MAGDALENA.—¡Ay, Dios mío! ¡Pobre abuelito!

PEDRÍN.—*(Frente al retrato)* ¿Era este?

ROSALÍA.—Sí... Este es tu bisabuelo.

3 1953a, 1953b: vencedor temeroso

PEDRÍN.—(*Muy complacido*) Tiene cara de bravo, ¿eh?

ROSALÍA.—¡Era un valiente! Ya lo dice la Historia de España... (*Transición*) ¿Qué estás mirando, Pedrín?

PEDRÍN.—(*Que mira en torno, complacidísimo*) ¡La vieja Europa!

MAGDALENA.—¡Ay! (*Muy bajito*) ¿Por qué dice eso?

ROSALÍA.—(*Muy bajo*)⁴ Es que ya se está metiendo con el pueblo...

(*Magdalena da un paso, muy decidida*)

MAGDALENA.—Bueno... Te hemos preparado el chocolate. Y tortitas. Y estas yemas de las monjas. ¿Querrás una copita después del chocolate? Tenemos anís y coñac, y un «chartreuse»⁵ que hago yo y está de rechupete...

ROSALÍA.—Pero, ¡Magdalena, mujer! ¿Cómo te atreves a ofrecer a Pedrín jarabe de ese que haces tú? A un chico que viene de América... ¡Con la de cosas ricas que habrá bebido él por ahí!

PEDRÍN.—¡Huy! En América hay de todo. Hasta Jerez.

ROSALÍA.—¿Jerez?

PEDRÍN.—¡Jerez! Y whisky para los pobres... Pero yo no bebo nunca. (*Naturalísimo*) En casa sólo bebe mamá.

(*Rosalía y Magdalena pegan un respingo y se miran atónitas. Se quedan casi sin voz. Ya están los tres sentados en torno de la mesa camilla*)

ROSALÍA.—¿Dices que tu madre bebe?

PEDRÍN.—(*Divertidísimo*) Sí, sí...

ROSALÍA.—Bueno... Beberá un poquito.

PEDRÍN.—(*Muy ufano*) Cuando mamá empieza a tomar copas, los tumba a todos.

(*Rosalía y Magdalena se miran, sobresaltadísimas*)

ROSALÍA.—¿Has oído?

MAGDALENA.—¡Sí!

ROSALÍA.—¡Los tumba a todos!

4 1958: *Muy bajito*

5 1953a: *chartreuse*

PEDRÍN.—(*Con noble y filial orgullo*) ¡Mamá es estupenda! Es la primera en todo. Tenemos al lado del río una casita para el «week-end», ¿sabes? Pues hay que ver a mamá en el río, haciendo ciento veinte con su lancha de motor. Un fenómeno. Además, como es tan guapa, siempre tiene alrededor tres o cuatro que le hacen la corte... Pero, con mamá, ¡ivan listos!

MAGDALENA.—Lo creo... Victoria es una señora.

PEDRÍN.—Por eso... Coquetea con todos.

MAGDALENA.—¡Virgen!

ROSALÍA.—¡Ay!

PEDRÍN.—(*Ríe, encantadísimo*) ¡Sí, sí!

ROSALÍA.—Oye... ¿Y qué dice tu padre?

PEDRÍN.—Papá está muy orgulloso de mamá.

ROSALÍA.—¡Ah! ¿Sí?

PEDRÍN.—¡Claro! Porque, lo que él dice: no todos tienen la suerte de haberse casado con una mujer educada a la antigua española...

MAGDALENA.—(*Apuradísima*) ¡Ay, Rosalía! De manera que Victoria bebe, y hace ciento veinte, y coquetea...

PEDRÍN.—¡Huy! Y más...

ROSALÍA.—(*Aterrada*) ¿Más?

PEDRÍN.—Y más cosas que me callo, para que no digáis que me ciega la pasión.

(*Comen. De pronto, Pedrín deja su taza en la mesa, las mira, mira en torno y sonrío*)

ROSALÍA.—(*Muy inquieta*) ¿De qué te ríes, Pedrín?

PEDRÍN.—¡Pchs! Mis cosas. (*Sonríe*) Todo está igualito que yo me lo imaginaba. Esta casa, con el retrato del bisabuelo... Y el piano. Y el chocolate a las seis, en la mesa camilla. Pero algo falta... ¿Dónde está ese viejo que viene de visita todas las tardes?

MAGDALENA.—¡Ah! Don Julián, el médico. Ya no tardará.

PEDRÍN.—Lo sé todo porque, desde niño, mamá me habla de Villanueva, de su casa, de sus hermanas. (*Sentimental*) Es que allá los españoles tenemos tanta nostalgia...

ROSALÍA.—(*Muy bajo*) Si dice lo de la madre patria, le suelto un cachete...

MAGDALENA.—¿Qué?

ROSALÍA.—No, nada...

PEDRÍN.—A vosotras os hubiera reconocido en cualquier parte. Claro que en algunas cosas me confundo. ¿Cuál de las dos es la beata?

ROSALÍA.—(*Rapidísima*) Esta.

MAGDALENA.—(*Indignadísima*) ¡Rosalía!

PEDRÍN.—(*Con ojo crítico*) Se le nota... Tiene pinta.

MAGDALENA.—¡Niño!

ROSALÍA.—Pero, hija, ¿vas a negar que te has quedado soltera porque te pasas la vida en la iglesia? ¡Ay, qué chico! ¡Qué chico este!

MAGDALENA.—¡Oh!

PEDRÍN.—Pero al que estoy rabiando por conocer es al tío Lorenzo.

(Bruscamente se corta la risa de Rosalía. Se pone en pie, inquietísima)

ROSALÍA.—¿De..., de verdad?

PEDRÍN.—¡Claro! ¿Y cómo no, si debe de ser un hombre tremendo?

MAGDALENA.—¡Rosalía! ¿Qué dice este chico?

ROSALÍA.—¡Calla!

PEDRÍN.—Yo también quisiera ser un hombre valiente y aventurero, como tío Lorenzo. Resulta que, como mis padres no le conocen, porque tú te casaste después que ellos se fueran a América, allá sólo sabemos de tu marido lo que tú nos contabas en tus cartas... ¡Y qué cartas! Las leíamos dos y tres veces. Yo soñaba con el tío Lorenzo. Siempre llevo en el bolsillo la fotografía suya que nos mandaste hace muchos años. La traigo para que me la dedique. De pequeñito ya me decía mamá: «Cuando seas mayor, si eres formal, irás a España para conocer al tío Lorenzo...». Y aquí estoy. (*Cariñoso*) ¡Je! No tengáis celos vosotras, pero la verdad es que la mayor ilusión de mi viaje es conocer al tío Lorenzo. ¡«O-key», títtas!

(Se vuelve. Con el espadín en alto, presenta armas ante el retrato del general)

¡A la orden, viejo! ¡Viva España!

(Sale corriendo, con su espadín. Un silencio. Rosalía y Magdalena se miran, atónitas)

MAGDALENA.—¿Has oído? Este chico aguarda a Lorenzo como a un héroe. ¿Quién ha engañado a Pedrín? ¿Qué le decías en esas cartas? ¿Qué es lo que te has inventado?

ROSALÍA.—Otro marido.

MAGDALENA.—¡Jesús!

ROSALÍA.—(*Humilladísima*) Reconocerás que el que tengo no es para presumir...

MAGDALENA.—¡Rosalia!

ROSALÍA.—¡La culpa la tuvo Victoria! ¿Te acuerdas de sus primeras cartas de recién casada? Eran unas cartas largas, largas, que no se acababan nunca. Solo nos hablaba de los negocios de su marido, de los triunfos de su marido, de los millones de su marido... ¡Y dale con su marido! Si supieran muchas mujeres que presumir de marido es de muy mala educación...

MAGDALENA.—¡Ay! ¿Por qué?

ROSALÍA.—Porque es una ofensa personal para las demás.

MAGDALENA.—¡Oh!

ROSALÍA.—Conozco muy bien a Victoria, y sé que todo lo hacía para hacerme rabiar. Porque su marido no será tanto, ni muchísimo menos. Por eso, cuando me casé, en la primera carta que le escribí a la vuelta del viaje de novios, ya le conté una mentira. (*Avergonzadísima*) ¿Te acuerdas de mi viaje de novios? Fuimos a Pamplona.

MAGDALENA.—Sí, hija. ¡Menuda suerte!

ROSALÍA.—¡Magdalena, no seas idiota!

MAGDALENA.—¡Ay, ay, ay!

ROSALÍA.—A mí me mortificaba muchísimo tener que decirle a Victoria que mi viaje de bodas había sido a Pamplona. Ella había estado en París... ¿Comprendes? Y entonces le escribí diciéndole que Lorenzo y yo habíamos estado en Italia...

MAGDALENA.—¡Dios mío! ¿Tuviste valor?

ROSALÍA.—¡Anda! Y hasta le mandé una postal con la torre inclinada de Pisa. Un poco más derecha, porque la foto era antigua... Pero no lo notaron.

MAGDALENA.—¡Qué horror!

ROSALÍA.—Después... Resulta que estas cosas se van haciendo casi sin darse una cuenta. Como en cada una de sus cartas Victoria me contaba un nuevo triunfo de su marido, yo, en cada una de las mías, para no quedar en ridículo, le contaba una nueva hazaña del mío. Porque para ellos Lorenzo no es un profesor de Instituto...⁶ Tampoco es un sabio.

MAGDALENA.—¿No?

ROSALÍA.—¡No! Los sabios están muy desacreditados. Ahora hay muchos... Si Victoria hubiera sabido que yo me casaba con un sabio se hubiera muerto de risa... La conozco.

MAGDALENA.—¡Dios mío! Entonces..., ¿qué es Lorenzo?

6 1954, 1958: *del Instituto*

ROSALÍA.—(*Casi con orgullo*) ¡Militar!

MAGDALENA.—¡Ave María Purísima!

ROSALÍA.—(*Mirando el retrato*) Como el abuelo... Lo hice por seguir la tradición. Por el honor de la familia. Espero que me lo agradecerás.

MAGDALENA.—(*Casi en un grito*) ¡Rosalía!

ROSALÍA.—Victoria cree que Lorenzo es un héroe de la guerra, ¿sabes? Tiene muchas condecoraciones. Es célebre, valiente, audaz. También tiene mucho partido con las mujeres. ¡Como es tan guapo!

MAGDALENA.—¿Qué dices? Pero si le conocen... Les mandaste una fotografía.

ROSALÍA.—Esa fotografía no es de Lorenzo...

MAGDALENA.—¿No?

ROSALÍA.—No. Es de su primo Alfredo, vestido de etiqueta.

MAGDALENA.—¡Virgen!

ROSALÍA.—Lo hice para dejar a Lorenzo en buen lugar, porque Alfredo en esa foto está muy favorecido...

MAGDALENA.—¡No puedo creerlo! ¿Cómo has podido mentir tanto, durante tantos años, sin que yo me enterara?

ROSALÍA.—Tú no te enteras nunca de nada, Magdalena.

MAGDALENA.—Eso es verdad...

ROSALÍA.—Siempre era yo la que tenía correspondencia con Victoria. A veces a mí misma me daban miedo tantas mentiras. Pero como se me ocurrían cosas tan bonitas... Además, jamás creí que Victoria y su marido volvieran a España. Y muchísimo menos pude pensar que nos mandaran a su hijo. Antes, la gente no viajaba tanto... (*Rabiosísima. Con lágrimas*) ¿Comprendes ahora por qué desde que llegó Pedrín estoy tan nerviosa? ¿Qué va a pasar cuando Pedrín conozca al auténtico Lorenzo?

MAGDALENA.—¡Oh!

(Fuera, en la calle, se oye un jolgorioso murmullo de voces infantiles. Rosalía se pone en pie nerviosísima)

ROSALÍA.—¡Ayyyyyyy!... ¿Qué es eso? ¡Clotilde! (*Asoma Clotilde*).⁸

CLOTILDE.—No se asuste la señora... No es nada. Es que las niñas del Instituto se vienen riendo del señor. Como todas las tardes.

7 1954, 1958: *Casi con un grito*

8 1953b, 1954, 1958: *falta* (*Asoma Clotilde*).

(Se retira. Rosalía y Magdalena corren hasta el balcón y miran a la calle a través de los cristales. Están consternadas)

ROSALÍA.—¡Qué horror!

(Vuelven lentamente las dos a primer término. Cesa el jolgorio de las niñas en la plaza. Una brevísima pausa. Y en el fondo aparece Lorenzo con su abrigo y su sombrero. Trae también en la mano una jaula con un pajarito. Viene muy sofocado, pero sonrío)

LORENZO.—¡Je! Esas chicas... Esas chicas son el demonio. No hay quien pueda con ellas. No respetan nada. ¡Je! *(Azaradísimo)*⁹ Oye, Rosalía. Mira lo que he comprado para Pedrín. ¡Un pajarito! Un pajarito precioso... Ya le he puesto nombre. ¡Se llama Napoleón! ¿Te gusta, Rosalía? Y a ti, Magdalena, ¿te gusta?

(Un silencio. Rosalía y Magdalena desvían sus ojos de Lorenzo y su pajarito. Él baja la cabeza y sonrío, un poco humillado. Se queda mirando al pajarito y sonrío)

Bueno. No te ofendas, Napoleón. Por lo visto, la señora y la señorita no están en casa... ¡Ea! ¡Ajajá!

(Deja la jaula con muchísimo mimo en la mesa camilla. Se vuelve para despojarse del abrigo, y al volverse vemos que las chicas, en la calle, le han prendido en el abrigo un papel blanco, que es la silueta de un muñequito recortado. Rosalía y Magdalena, al verlo, gritan horrorizadas)

ROSALÍA.—¡Ayyyyy...!

MAGDALENA.—¡Ayyyyy...!

(Lorenzo, asustadísimo, se detiene en seco y se vuelve)

LORENZO.—¡Caramba!

9 1953a, 1953b, 1954: *Azoradísimo*

*(Tiene el abrigo, que casi se le cae entre las manos... Y comprende. Sonríe, azarado)*¹⁰

¡Oh! Esas chicas... Esas chicas...

MAGDALENA.—¡Qué vergüenza!

LORENZO.—*(Humildemente)* Yo no tengo la culpa, Rosalía. No puedo con ellas.

ROSALÍA.—¡Qué vergüenza!

MAGDALENA.—Rosalía...

ROSALÍA.—¡Déjame!

(Sale, llorosa y desesperada, sin mirarle, Rosalía. Tras ella, Magdalena. Queda Lorenzo solo en escena. Arranca del abrigo el papelito, lo mira y lo estruja con tímida rabia. Después, lentamente, se deja caer en un sillón al lado de la mesa camilla. Alza la cabeza. Sus ojos se encuentran con el pajarito. Sonríe)

LORENZO.—¡Je! Pío, pío, pío...

(Irrumpe fogosamente Pedrín. Lleva su espadín, pero ahora se toca, además, con un antiquísimo «kepis» del bisabuelo.¹¹ Al ver a Lorenzo, se detiene bruscamente)

PEDRÍN.—¡Tía Rosalía! ¡Oh! Perdón...

LORENZO.—*(En pie. Alborozadísimo)* ¡Pedrín!

PEDRÍN.—¿Me conoce usted?

LORENZO.—*(Contentísimo)* ¡Claro!

PEDRÍN.—¿De veras? *(Muy curioso)* ¿Quién es usted?

LORENZO.—¿Yo? *(Se ríe)* Pero ¿es que no lo adivinas? Anda, hombre, anda...

PEDRÍN.—*(Con aire de triunfo)* ¡Ah, ya!

LORENZO.—*(Felicísimo)* ¿Ya?

PEDRÍN.—¡Ya! Usted es don Julián, el médico.

LORENZO.—*(Anonadado)* ¿Cómo?

PEDRÍN.—Sí, sí. Usted es ese amigo que viene de visita todas las tardes. *(Muy efusivo, le coge una mano)* ¿Cómo está usted, doctor? ¡Estupendo viejo! Ya solo me queda por conocer a tío Lorenzo. Pero con ese no dudaré...

¹⁰ 1953a, 1953b, 1954: azorado

¹¹ 19554, 1958: quepis

LORENZO.—(*Atónito*) ¿Estás seguro?

PEDRÍN.—¡Segurísimo! Tengo una fotografía.

LORENZO.—(*Intrigadísimo*) ¿Dices que tienes una fotografía? A ver, a ver...

PEDRÍN.—¡Mírela!

(Le tiende una pequeña fotografía, que Lorenzo toma con verdadero afán)

LORENZO.—¡Santo Dios!

PEDRÍN.—¿No es un gran tipo?

LORENZO.—Te diré... Un tipo de una vez.

PEDRÍN.—¿Está parecido?

LORENZO.—(*Modestamente*) Yo creo que no.

PEDRÍN.—¿Es que está muy cambiado?

LORENZO.—Hombre... Un poco.

PEDRÍN.—Bueno. De todas maneras, no puede haber cambiado mucho. Mi padre dice que los hombres bravos no envejecen...

LORENZO.—(*Asustadísimo*) Pero ¿es que tu tío Lorenzo es un bravo?

PEDRÍN.—¡Huy! Y de los buenos.

(Lorenzo, desoladísimo, se deja caer en un sillón)

LORENZO.—Oye... ¿No exageras un poco?

PEDRÍN.—¡Quia! (*Se ríe*) Y conmigo no disimule, viejo, que bien sé que es usted amigo de la casa y conoce usted todas las fechorías de tío Lorenzo.

(En este instante surge en la puerta del fondo Loreto. Es una diminuta muchacha de catorce o quince años, de aspecto desaliñadísimo. Lleva dos trenzas rematadas con dos lacitos. Tiene mucha timidez, hasta el punto de que parece que siempre le¹² acaban de dar un susto. Lleva un cartapacio escolar bajo el brazo. Viste una faldita y un jersey y zapatos sin tacones)

LORETO.—¡Chiss! ¡Don Lorenzo!

LORENZO.—¿Qué quieres, Loreto?

12 M, 1953a, 1953b: siempre la acaban de

LORETO.—Don Lorenzo, yo quiero decirle a usted que yo no soy de las que se ríen de usted... Eso es. Para que lo sepa. Porque todas no somos iguales... Eso es. Que la culpa de todo la tiene Purita, la pelirroja, que es malísima... Eso es. Para que lo sepa. Que yo le quiero a usted mucho, don Lorenzo. Para que lo sepa.

LORENZO.—Ya lo sé, Loreto. Ya lo sé.

LORETO.—Usted es un sabio, don Lorenzo. Para que lo sepa.

LORENZO.—Calla, hija, ¿quieres?

(Pedrín, desde que entró Loreto, está mirando, atónito, a uno y a otro. Ahora clava sus ojos en Lorenzo y le mira de arriba abajo)

PEDRÍN.—*(Muy bajo)* ¿Qué dice esta chica? *(Un silencio)* Entonces, ¿es usted? ¿Eres tú... tío Lorenzo?

LORENZO.—*(Muy bajo)* Sí...

PEDRÍN.—¡Oh! ¿Por qué me han engañado?

(Vuelve a mirarle, y a punto de echarse a llorar, escapa. Sale. Quedan Lorenzo y Loreto. Un silencio)

LORETO.—Me parece que he metido la pata.

(Con mucha humildad marcha lentamente hacia el fondo. Ya en la puerta, se detiene y pregunta, tímidamente)

Oiga: ese chico que estaba aquí, ¿es forastero?

LORENZO.—Sí.

LORETO.—Pues es muy guapito.

(Sale. Queda Lorenzo solo. Se derrumba. Aparece Rosalía)

ROSALÍA.—Lorenzo... ¿Qué ha pasado? Pedrín está llorando.

(Lorenzo se revuelve en una brusca transición hacia ella)

LORENZO.—¡Vete!

ROSALÍA.—*(Asustada)* ¡Lorenzo!

LORENZO.—¡Vete, Rosalía! ¡Quiero estar solo, solo, solo!... ¡No puedo más! ¿Sabes por qué llora Pedrín? Porque ha descubierto que el estupendo tío Lorenzo

que tú le habías pintado en tus cartas es este infeliz que tienes delante... Por eso llora. ¿Lo oyes?¹³ Vete, Rosalía, vete. Estoy muy harto de tus fantasías, de tus mentiras, de tus imaginaciones... No puedo más. (*Indignado*) ¡Le mandaste una fotografía que no es la mía! ¡Te inventaste otro marido, porque te avergüenzas de mí! ¡Porque no me quieres! ¡Porque no me has querido nunca! ¡Vete, Rosalía, vete! ¡Déjame!

(Y en el fondo aparece don Julián. Es un señor de bastante edad, de rostro bondadosísimo y alegre. Uno de esos seres encantadores, que siempre tienen a punto en los labios una risa limpia)

DON JULIÁN.—¡Hola! ¿Se puede? Ya sé, ya sé que ha llegado el sobrinito de las Américas. ¡Digo! Lo sabe todo Villanueva. No se habla de otra cosa en el café y en el Casino... Pronto se os llenará la casa de curiosos. Pero que conste que yo soy el primero y el más curioso de todos. ¡Je! Vamos a ver, vamos a ver. ¿Dónde está ese barbián? Estoy deseando conocerle...

ROSALÍA.—Buenas tardes, doctor.

(Y sale. Don Julián, sorprendido, se queda mirando a Lorenzo)

DON JULIÁN.—¡Caramba! Lorenzo, hijo... ¿Qué ocurre?

LORENZO.—¡No puedo más, doctor! Estoy a punto de echarme a llorar!

DON JULIÁN.—¡Caray! ¿Por qué?

LORENZO.—(*Abrumado*) Porque no me quieren...

DON JULIÁN.—¡Hombre!

LORENZO.—(*Transición*) ¡No me quiere nadie! ¡Nadie! Rosalía se avergüenza de mí, doctor. Soy todo lo contrario a ese marido ideal que ella sueña. Esta humilde persona es muy poco para su maravillosa fantasía. A mi cuñada, que solo piensa en sus rezos, no le importo nada. Y fuera de esta casa, en el pueblo, tampoco me quiere nadie. Yo lo veo. No puedo engañarme. Mis compañeros, los profesores del Instituto, me rehúyen. Rara vez me invitan a sus reuniones. El director me odia... Y todo por nada. Porque una vez, en la apertura de curso, habló de los Reyes Católicos y dijo que la toma de Granada fue en mil cuatrocientos noventa y uno...¹⁴ Yo, que estaba a su

13 1953b, 1954, 1958: *¿Lo ves?*

14 1953a, 1953b: *1491*; 1954: *mil novecientos cuarenta y uno* M corrige a mano *1491* y *1492* sobre *1941* y *1942*.

lado, le dije, muy bajito, que la toma de Granada fue en mil cuatrocientos noventa y dos.¹⁵ Bueno, pues le sentó como un tiro. Todavía no me lo ha perdonado. Pero yo no tuve la culpa... La culpa es de los Reyes Católicos, que se retrasaron un año.

DON JULIÁN.—Eso es verdad.

LORENZO.—Para mis alumnas solo soy un pobre profesor medio chiflado. ¡Y cómo se ríen de mí! ¡Ay, don Julián! Son terribles esos demonios. Usted no sabe cómo me hacen sufrir. Mis clases son un verdadero martirio. Mientras hablo siento dentro de mí un temblor y una angustia... Siempre estoy temiendo que una torpeza mía provoque la primera carcajada de cualquiera de ellas. Hay una pelirroja, con la nariz coloradita, que la tiene tomada conmigo y no me deja vivir. Y ya sabe usted que mis temas no son para tomarlos a broma, ni mucho menos. Hoy les he hablado de la batalla de Covadonga. Pues ya ve usted; las chicas me oían tan divertidas, que, la verdad, me parece que ninguna de ellas se ha creído lo de la batalla de Covadonga...

DON JULIÁN.—¡Caray! ¿Es que ponen en duda la Historia de España?

LORENZO.—Yo creo que sí.

DON JULIÁN.—¡Qué barbaridad!

LORENZO.—En cambio, doctor, me gustaría que asistiese usted a una clase del profesor de inglés. ¡Cómo le escuchan las muchachas! ¡Con qué devoción! Cuando recita una escena de Shakespeare, hasta le aplauden. Para mí que lo confunden con Shakespeare... (*Un suspiro*) Yo he intentado por todos los medios lograr el cariño de esas chiquillas; pero he fracasado... No sé. No sirvo. No soy simpático. No tengo ángel. Eso es todo. Y así siempre, siempre. Ya de niño, en Pamplona, mi hermano era el preferido de mis padres. Después, de muchacho, cuando fui a estudiar a Madrid, intenté buscar amigos, relaciones, afectos... Pero como si no. Un día fui a un banquete de confraternidad política y me dieron una paliza...

DON JULIÁN.—¡Santo Dios!

LORENZO.—Como lo oye. Claro, me volví en seguida a Pamplona. (*Se deja caer muy cansado en un sillón*) Ahora acabo de perder mi última esperanza. Era Pedrín. Ese chiquillo era mi última ilusión. Mi último refugio. Desde hace varios días vengo discurrendo la manera de hacerme querer de ese muchacho. Y estaba seguro de que esta vez lo iba a conseguir. Le esperaba como un hijo. Pero ya es inútil. Pedrín no me querrá jamás. Porque yo no soy bastante bravo... (*Un levísimo silencio. Sonríe*) ¡Je! ¡Esta es mi vida, doctor!

15 1953a, 1953b: 1492

Un continuo fracaso... A usted se lo digo porque usted no se ríe de mí, como todos. Pero no sé si podrá usted comprenderme. Porque a usted le quieren. Usted es don Julián, el mejor médico de Villanueva, y tan alegre y tan bueno, que salva las vidas y cura las enfermedades.

DON JULIÁN.—¡Pamplinas! Yo no soy más que un viejo matasanos.

LORENZO.—(*Transición*) ¿Por qué es así de injusta la vida, don Julián? ¿Por qué hay hombres que solo por nacer ya se atraen el amor y la admiración de los demás? ¿Por qué a otros nos cuesta tanto, tanto, despertar en los demás una chispa de cariño, algo que no sea piedad, y lástima, y burla?

DON JULIÁN.—(*Conmovido*) Vamos, vamos...

LORENZO.—No puedo seguir viviendo así. Me ahoga esta soledad... ¿Qué haría yo? ¿Qué podría hacer yo? Hay dos palabras que por oírlas cerca de mí hubiera dado algunos años de mi vida. Son unas palabras casi tontas, que oí hace muchos años en un teatro. Era una comedia que tenía una escena de amor muy tierna y muy bonita. Ella se acercaba al galán y le decía, muy bajito, tan bajito que casi no se la oía: «¡Querido mío!». ¿Se da usted cuenta? No es nada. Dos palabras. ¡Pero juntas dicen tanto, tanto!... Oírlas debe de ser como un sueño.¹⁶ ¡Je! «¡Querido mío!»

(*Se calla. Alza los ojos un poco avergonzado*)

¿Se ríe usted de mí?

DON JULIÁN.—¿Quieres callarte? (*Un silencio*) Lorenzo, hijo. Como todos los hombres de talento, en la vida eres un inocentón. Tú, arriba, en el despacho, entre tus libros, te tuteas con Felipe Segundo, con Luis Dieciséis¹⁷ y con el Gran Capitán; pero abajo, entre nosotros, en este pícaro mundo, estás perdido. No sabes ganarte ese cariño de la gente que tanto necesitas. Eres raro, eres insociable. Todos te tienen por un chiflado. Te pasas las noches encerrado, leyendo librotos antiguos. Por las tardes te vas a pasear solo, como si huyeras, a la orilla del río, en vez de ir un ratito al Casino o¹⁸ dar una vueltecita por la Avenida, como todo el mundo... Pero, hombre de Dios, si ni siquiera se te ve los domingos por la mañana en el Parque, para oír el concierto de la Banda. Y eso que todos los domingos tocan «El tambor de Granaderos»... (*Le mira con honda pena y suspira*) En fin, ya sé que todo lo

¹⁶ 1953a, 1953b: *debe ser como un sueño*

¹⁷ M: *Luis VI*

¹⁸ 1953b, 1954, 1958: *Casino a dar*

que yo pueda decirte es inútil. No cambiarás. Eres una calamidad, hijo. Pero no sufras. Siempre, siempre, hay alguien más desgraciado. Hoy ha estado en mi consulta Jerónimo, el librero de la calle Mayor. Y está muy mal, ¿sabes? Muy mal. ¡Pobre Jerónimo!

LORENZO.—¿Está grave?

DON JULIÁN.—Gravísimo. Apenas vivirá un mes...

LORENZO.—¡Doctor!

DON JULIÁN.—No tiene remedio, hijo. No tiene remedio...

LORENZO.—¿Se lo ha dicho usted?

DON JULIÁN.—No. ¿Para qué? Sería una crueldad inútil. Se lo diré luego a la familia. Y pasará lo de siempre. Durante estos dos meses le cuidarán con todo amor; le querrán como no le han querido nunca...

LORENZO.—¿Usted cree?

DON JULIÁN.—Seguro. Le darán todos los mimos...

LORENZO.—¡Qué maravilla!

DON JULIÁN.—Y luego se morirá.

LORENZO.—(*Admirado*) ¡Qué suerte!

DON JULIÁN.—(*Atónito*) ¡Lorenzo! ¿Estás loco?

LORENZO.—¡Oh, no! Estoy pensando en ese mes de felicidad que le espera a Jerónimo. Lo de menos es morirse...

DON JULIÁN.—(*Un respingo*) Oye, tú...

LORENZO.—Lo que importa es que durante un mes va a vivir como en un sueño. Serán los días más hermosos de su vida. Todo serán atenciones, cariños, mimos y cuidados...

DON JULIÁN.—(*Indignado*) Pero, ¡demonio, si se va a morir!...

LORENZO.—(*Soñando*) ¡Qué importa eso! Yo también moriría muy feliz después de vivir un mes así... (*Transición*) ¡Doctor!

DON JULIÁN.—¿Qué?

LORENZO.—¿Está usted seguro, seguro, de que yo estoy sano?

DON JULIÁN.—¡Segurísimo!

LORENZO.—¿No hay esperanza?

DON JULIÁN.—¡Demonio! ¿Qué estás pensando? Mira, no quiero oírte decir esas cosas... ¡Vaya con el hombre! ¡Rosalía! ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Rosalía! ¡Caramba, caramba!...

(Sale don Julián muy indignado. Se queda solo Lorenzo. Se sienta otra vez junto a la mesa camilla. Se encara, risueño y feliz, con el pajarito)

LORENZO.—Un mes, Napoleón. ¡Nada menos que treinta días de felicidad!...
¿Comprendes? ¡Qué suerte tienen algunos!

(Se calla. Se ensimisma en sus ideas, que deben ser lisonjeras,¹⁹ porque sonrío. Una pausa. Entra Clotilde con intención de cruzar la escena en silencio. Lorenzo la sigue con la mirada. Cuando la muchacha va a desaparecer, Lorenzo se pone en pie y la llama)

¡Chis! ¡Clotilde!

CLOTILDE.—¿Me llama el señor?

LORENZO.—*(Amablemente)* Sí, mujer. Ven aquí... Mirame.

CLOTILDE.—Sí, señor.

(La muchacha se acerca, mirándole un poco sorprendida. Él sigue sonriendo)

LORENZO.—¡Je! Vamos a ver... ¿Qué harías tú...? ¿Eh? ¿Qué harías tú ante un hombre que se va a morir dentro de un mes?

CLOTILDE.—*(En suspenso, con los ojos muy abiertos, aterrada)* ¡Jesús!

LORENZO.—¿Eh?

CLOTILDE.—¿Qué dice usted?

LORENZO.—*(Muy sonriente)* Sí, sí... Piénsalo bien. ¿Eh? ¿Qué harías?

CLOTILDE.—*(En un grito)* ¡Señorito!

LORENZO.—*(Muy asustado)* Oye, tú...

CLOTILDE.—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen Santísima! Entonces, por eso ha estado usted aquí tanto rato hablando con el doctor... *(Otro grito)* ¡Señorito!

LORENZO.—Pero, chica...

CLOTILDE.—*(Avanza impetuosamente)* ¡Señorito de mi alma! ¡Mi pobre señorito!
¡Ay!

(Se lanza a él, emocionadísima, le echa los brazos al cuello y le besa apasionadamente)

LORENZO.—*(Asfixiado, casi no se le oye)* ¡Clotilde!

CLOTILDE.—¡Ay! ¡Ay, mi señorito! ¡Ay, que se va a morir!

¹⁹ 1954, 1958: *deben de ser lisonjeras*

(Y con verdadera desesperación se desprende de él y se lanza fuera)

¡Ay, señorito de mi alma!

(Sale Clotilde. Lorenzo la ve marchar estupefacto)

LORENZO.—¡Clotilde! ¡Oye, Clotilde!...

(Ya solo, se lleva una mano a la mejilla, como palpando los besos de la criada. Y se ríe bajito)

¡Je! *(Se ríe más)* ¡Je!

(Dentro se oyen dos gritos casi simultáneos de Rosalía y Magdalena)

ROSALÍA.—*(Dentro)* ¡Lorenzo!

MAGDALENA.—*(Dentro)* ¡Lorenzo!

LORENZO.—¡Caramba!

(Retrocede, muy asustado. Aparece Rosalía, con los ojos muy abiertos)

ROSALÍA.—¡Lorenzo! ¿Es verdad?

LORENZO.—¡Rosalía!

ROSALÍA.—¿Es verdad lo que dice Clotilde? ¡Dilo!

LORENZO.—Verás... Yo te explicaré.

ROSALÍA.—¡Sí! Es verdad. No hay más que mirarte...

LORENZO.—¡Demonio! ¿Tú crees?

(Entra Magdalena)

MAGDALENA.—¡Lorenzo!

LORENZO.—¡Magdalena!

ROSALÍA.—¡Ay, Lorenzo! *(Muy aprisa, nerviosísima)* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu Nombre...

(Aparece también Clotilde. Está hecha un mar de lágrimas)

CLOTILDE.—¡Señorito! ¡Pobre señorito!

LORENZO.—(*Tratando de poner orden*) Bueno, bueno. Yo os explicaré...

ROSALÍA.—¡Tú te callas!

LORENZO.—Mujer...

ROSALÍA.—¡No! Luego nos lo contarás todo y hablaré con don Julián. Ahora, lo primero es cuidarte. No puedes²⁰ seguir así. ¿Tienes calor?

LORENZO.—¡Quia!

ROSALÍA.—¿Tienes frío?

LORENZO.—Un poco. En estas casas antiguas siempre hace frío...

ROSALÍA.—¡Magdalena!

MAGDALENA.—(*En su mundo*) Dios te salve, María, llena eres de gracia...

ROSALÍA.—¡Magdalena!

MAGDALENA.—¡Ay! ¿Qué?

ROSALÍA.—Trae una manta.

MAGDALENA.—¡Voy!

ROSALÍA.—¡Y tú una bufanda!

CLOTILDE.—¡Sí, señora!

(*Magdalena y Clotilde salen aprisa*)

LORENZO.—Rosalía...

ROSALÍA.—(*Enérgicamente*) ¡Silencio! Ni una palabra. Ni un gesto. No hables, no te muevas. Con esto de la tensión hay que tener mucho cuidado...

LORENZO.—(*Muy interesado*) ¿Tú crees que es la tensión?

ROSALÍA.—Estoy segura.

LORENZO.—¿Y eso es de cuidado?

ROSALÍA.—De muchísimo cuidado.

LORENZO.—Pues estoy listo...

ROSALÍA.—¡Siéntate!

(*Le coge y le lleva hasta un sillón,²¹ donde le acomoda. Surgen Magdalena y Clotilde*)

MAGDALENA.—¡La manta!

CLOTILDE.—¡La bufanda!

20 1954, 1958: *puedo seguir así*

21 1953b, 1954, 1958: *su sillón*

ROSALÍA.—¡Venga! ¡Aprisa!

(Entre las tres le cubren las piernas con la manta y le rodean el cuello con la bufanda. Él está emocionadísimo)

LORENZO.—Rosalía... Magdalena... Yo...

LAS TRES.—¿Qué?

LORENZO.—¡Yo voy a llorar!

CLOTILDE.—¡Pobre!

MAGDALENA.—¡Pobre!

ROSALÍA.—¡Pobrecito!... No hables, no hables. Ahora te traeremos tu chocolate...

LORENZO.—¡No! Chocolate, no.

ROSALÍA.—¿No?

LORENZO.—¡No! Odio el chocolate. Desde hace veinte años meriendo chocolate todas las tardes. Y lo detesto. ¿Te enteras? Me da náuseas.

ROSALÍA.—¡Dios mío! Entonces, ¿qué quieres merendar?

LORENZO.—Un huevo frito.

ROSALÍA.—*(Enérgicamente)* ¿Un huevo frito? ¡Dos²²!

LORENZO.—*(Conmovido)* ¡Rosalía! ¿Serás capaz?

ROSALÍA.—Tendrás dos huevos fritos... ¡Y con jamón!

LORENZO.—*(Soñando)* ¡Con jamón! ¡Qué felicidad!

ROSALÍA.—¡Vamos, aprisa!

MAGDALENA.—Vamos. El pan nuestro de cada día...

CLOTILDE.—¡Ay, ay, ay!

(Salen las tres. Queda Lorenzo solo, envuelto en su manta y en su bufanda. Sonríe inefablemente. Píe el pajarito en su jaula)

LORENZO.—¡Je! ¿Has visto?

(Aparece don Julián hecho una furia)

DON JULIÁN.—¿Qué dicen esas mujeres? ¿Es que se han vuelto locas?

LORENZO.—¡Je!

DON JULIÁN.—¿Qué les has dicho? Mírame, Lorenzo.

LORENZO.—Yo casi no he dicho nada. Se lo han creído ellas.

22 1954, 1958: ¡Dios!

DON JULIÁN.—¡Ah! ¡Pues esto, no! Sería demasiada mentira. Ahora mismo les diré la verdad: que el que se va a morir es el librero.

LORENZO.—¡No! (*Con angustiosa súplica*) Por piedad... ¡No haga usted eso!

DON JULIÁN.—(*Abrumadísimo*) Pero Lorenzo: se trata de mi prestigio. Todos van a creer que yo he diagnosticado tu muerte. ¿Y en qué lugar quedo yo si no te mueres antes de un mes?

LORENZO.—Por favor, don Julián, cálese. No diga nada todavía. Déjeme usted pensarlo bien un poco de tiempo. Yo no sabía que los moribundos eran tan felices. Si lo hubiera sabido me hubiera puesto grave muchísimo antes. ¿No me ve usted? En toda mi vida me han mimado tanto como en estos pocos minutos. Me han hecho caricias, me han puesto una manta y me van a dar huevos con jamón, que es mi delirio...

DON JULIÁN.—¡Lorenzo!

(Aparece Pedrín. Se dirige tímido²³ a Lorenzo, que, enternecido, abre los brazos)

PEDRÍN.—¡Tío Lorenzo!

LORENZO.—¡Pedrín!...

PEDRÍN.—¿Me perdonas, tío Lorenzo? Yo no tuve la culpa... Además, no sabía. ¿Me perdonas?

LORENZO.—Pedrín, hijo... ¡Je! ¿Lo ve usted, doctor? ¿Lo ve? ¡Si hasta me van a querer!

TELÓN

23 1953a: *tímidamente a Lorenzo*

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado.

(Al alzarse el telón la escena está sola. En seguida entra Clotilde, precediendo a doña Águeda. Esta doña Águeda es una respetable señora de la localidad)

CLOTILDE.—Pase, pase, doña Águeda... Doña Rosalía ha salido, pero no tardará. La señorita Magdalena está en la iglesia, rezando por el alma del señor.

DOÑA ÁGUEDA.—*(Con alarma)* ¿Se ha muerto ya?

CLOTILDE.—Todavía no, señora. Pero, como no puede tardar mucho, la señorita Magdalena no quiere que la pille desprevenida...

DOÑA ÁGUEDA.—Entonces, ¿llego a tiempo?

CLOTILDE.—Sí, señora.

DOÑA ÁGUEDA.—*(Con cierta timidez)* Oye, Clotilde. A mí me gustaría que tu señorito, antes de morirse, viniera un día a comer a casa...

CLOTILDE.—*(Comprensiva)* Vamos, lo que la señora quiere es organizarle al señor una fiestecita de despedida.

DOÑA ÁGUEDA.—Eso es.

CLOTILDE.—Pues no sé, no sé. El señor tiene muchos compromisos, y como le quedan pocos días de vida...

DOÑA ÁGUEDA.—¡Qué lastima!...

CLOTILDE.—Pero ya hará él un huequecito...

DOÑA ÁGUEDA.—*(Con mucha ilusión)* ¿Tú crees?

CLOTILDE.—¡Seguro! Anda, pero si al señor le encanta que le inviten y le festejen. Si es lo que el pobrecito estaba deseando...²⁴ Lo que pasa es que antes no le hacía caso nadie, y ahora, desde que se sabe que está moribundo, ha empezado la gente a decir que el señor tiene mucho talento, y todo son fiestas y homenajes...

DOÑA ÁGUEDA.—¡Bien se lo merece! ¡Es un sabio!

CLOTILDE.—Sí, señora, que lo es. ¡Y qué gusto da ver cómo quieren todos al señor! Es que se le saltan a una las lágrimas... Los niños le paran en la calle y le besan la mano. Los profesores del Instituto le han dado un banquete. Y el alcalde, que le había retirado el saludo, le ha nombrado hijo adoptivo de

24 1953a: el pobrecillo

Villanueva, y esta tarde vendrá con todos los concejales y la Banda para poner una placa en la fachada de esta casa.

DOÑA ÁGUEDA.—Y él, ¿qué dice?

CLOTILDE.—Pues ya ve usted: se va a morir, y tan contento.

DOÑA ÁGUEDA.—¿Es posible?

CLOTILDE.—¡Huy! En sus glorias.

DOÑA ÁGUEDA.—(Con admiración) ¡Qué mártir!

CLOTILDE.—Don Lorenzo dice que lo mejor para vivir a gusto es morirse.

DOÑA ÁGUEDA.—(Con cierto recelo) Oye... ¿Y es seguro que se muere?

CLOTILDE.—¡Seguro!

DOÑA ÁGUEDA.—¿No será un error?

CLOTILDE.—¡Ca! Puede estar tranquila la señora. ¡Se muere!

DOÑA ÁGUEDA.—Cuando tú lo dices...

CLOTILDE.—El señor es muy serio..., y si ha dicho que se muere, se muere.

DOÑA ÁGUEDA.—¡Oh!

CLOTILDE.—No, si ya comprendo. La señora tiene miedo de quedar en ridículo si, después de organizarle al señor la fiestecita, resulta que no se muere... Pero creo yo que la señora tiene todas las garantías. Por lo visto, don Lorenzo tiene una de esas enfermedades nuevas que se han inventado ahora. Lo que yo digo: desde que llegan a provincias todos los adelantos de Madrid, estamos perdidos...

DOÑA ÁGUEDA.—Y que lo digas, hija.

CLOTILDE.—Parece que en cualquier momento, el señor, que en apariencia está tranquilo, pues... izas!, el patatús. Y como un pajarito.

DOÑA ÁGUEDA.—¡Oh!

(Se oyen fuera unos entusiastas aplausos que vienen de la calle)

CLOTILDE.—¡Digo! Ahí llega el señor...

DOÑA ÁGUEDA.—Pero ¿es que le aplauden?

CLOTILDE.—Sí, señora. ¡Son las niñas del Instituto. Antes le seguían por la calle riéndose de él y haciéndole mil diabluras. Pero ahora, desde que saben que se va a morir, le acompañan todas hasta casa muy calladitas, y cuando entra en el portal le aplauden.

DOÑA ÁGUEDA.—¡Jesús!

CLOTILDE.—Son muy ricas. Pase, pase la señora...

(Salen las dos. Arrecian los aplausos en la calle. En este instante entra Lorenzo, satisfechísimo. Se dirige al balcón, lo abre de par

en par y, de espaldas al público, naturalmente, saluda con el sombrero. Está francamente emocionado y feliz)

VOZ DE NIÑA.—(Dentro) ¡Viva don Lorenzo!

NIÑAS.—(Dentro) ¡Vivaaaa!

LORENZO.—(Emocionadísimo) Gracias, gracias...

(Se retira del balcón y cesan los vítores y los aplausos. Se frota las manos de contento. Los ojos le brillan de alegría. Es, sin duda, el hombre más dichoso del mundo)

¡Je! ¡Qué chicas! ¡Qué chicas estas!

(Se quita el abrigo y el sombrero lentamente. En el fondo, mientras, ha aparecido, despacito, sigilosamente, Loreto. Se queda allí, apoyada en una jamba, mirando a Lorenzo, con éxtasis)

¡Hola, hijita! ¿Todavía estas ahí?

LORETO.—Sí, señor. Yo ya no me separo de usted...

LORENZO.—¡Caramba! ¿Por qué?

LORETO.—Porque quiero recoger su último suspiro...

LORENZO.—¡Niña!

LORETO.—¿Se siente usted bien, don Lorenzo?

LORENZO.—¡Muy bien!

LORETO.—¿No nota usted nada todavía?

LORENZO.—¡Nada!

LORETO.—Vaya... Pero algún mareíto sí tendrá.

LORENZO.—No. Tampoco.

LORETO.—Bueno..., pues no me fío. Le digo que no me voy, y no me voy. Para que lo sepa. Porque usted no puede tardar mucho en morirse.

LORENZO.—(Asustado) ¿Tú crees?

LORETO.—Sí, señor. Claro que por mí no tenga usted prisa. Ya me entretendré yo por aquí. Pero si nota usted algún síntoma, llámeme en seguida, que no me lo quiero perder... Para que lo sepa.

(Desaparece por una puerta hacia el interior de la casa. Lorenzo la ve marchar atónito)

LORENZO.—¡Loreto! ¡Oye, Loreto!

(Aparece Magdalena. Viene de la iglesia con su velo, su libro y su rosario. Al ver a Lorenzo va hacia él impulsivamente)

MAGDALENA.—¡Siéntate!

LORENZO.—¡Magdalena!

MAGDALENA.—¡Por la Virgen Santísima te lo pido! ¡Siéntate! No gastes fuerzas inútilmente...

(Con cariñosísima energía le sienta en el sillón y le cubre las piernas con la manta, que estaba doblada en el sofá. Lorenzo la deja hacer gustosísimo)

Así, quietecito. ¡Ajajá! Pero, hombre, ¿cómo te olvidas de tu estado?

LORENZO.—¿Qué quieres? Es que a veces se me va el santo al cielo y no me acuerdo de que estoy moribundo...

MAGDALENA.—¿Sientes vahídos?

LORENZO.—Todavía no. Pero Loreto dice que ya no puede tardar...

MAGDALENA.—Todavía no. ¡Claro! Si no puede ser de otro modo. Si me paso el día rezando. Mira: para pedir por ti he empezado un triduo a la Milagrosa, una novena a Santa Rita y te dedico el Rosario todas las tardes...

LORENZO.—¡Qué bien lo estás pasando, Magdalena!

MAGDALENA.—¡Chiss! Calladito, calladito...

(Entra Rosalía, que, como su hermana, viene de la calle)

ROSALÍA.—Buenas tardes... ¿Cómo estás? Toma. Te traigo una cajita de yemas. Y mantecadas de las que te gustan... ¡Ah! Y caramelos. Porque tú, aunque lo disimules, eres un sabio muy goloso.

LORENZO.—*(Muy emocionado)* Yemas, mantecadas, caramelos. Una confitería. ¿Todo esto es para mí, Rosalía?

ROSALÍA.—¡Todo! ¡Todo para ti!... ¿Estás contento?

LORENZO.—Mucho, muchísimo... ¡Qué hermosa es la vida! ¡Qué bien se está aquí, envuelto en esta manta y comiendo mantecadas! *(Amablemente)* ¿Queréis una?

MAGDALENA.—¡No! Todas para ti.

ROSALÍA.—Todas son tuyas. Te advierto que el pastelero, al saber que eran para ti, no ha querido cobrarme nada...

LORENZO.—¿Es posible?

ROSALÍA.—*(Muy complacida)* Sí, sí...

MAGDALENA.—¡Claro! Como la gente te quiere tanto...

LORENZO.—¿Estás segura, Magdalena?

MAGDALENA.—¿Lo dudas?

LORENZO.—No, no... Es que no me acostumbro.

MAGDALENA.—Calla, calla. No hables. Y cómete todas las mantecadas.

ROSALÍA.—¡Ay! Es verdaderamente emocionante... En todo Villanueva no se habla más que de nosotros. La gente me para en la calle, me besa, me abraza... Me dan el pésame.

LORENZO.—(*Suspense*) ¿Ya?

ROSALÍA.—Ya, ya. ¿Qué te parece?

LORENZO.—Me parece un poco prematuro.

ROSALÍA.—Además, ¿sabes que hay tres o cuatro que empiezan a hacerme la corte?

LORENZO.—¿A ti?

ROSALÍA.—¡Claro! Como se ha corrido por ahí que me voy a quedar viuda... Los pobres... Yo creo que es muy de agradecer.

LORENZO.—Mucho. Oye, ¿y tú qué has decidido?

ROSALÍA.—¡Hombre! Todavía, nada. En todo caso, consultaría contigo.

LORENZO.—¡Ah, bueno! Eso ya me tranquiliza...

ROSALÍA.—En fin, te digo que somos las figuras de actualidad.²⁵ Claro que a mí ya me conocéis. Yo soy muy sencilla. A mí no me gusta darme importancia.

(Asoma en el fondo Linda Martín. Es una muchacha joven, vivaracha, risueña, muy bien vestida)

LINDA.—¡Chiss! ¡Por favor!... ¿Es aquí donde vive ese señor que se va a morir?

ROSALÍA.—(*Amabilísima*) ¡Ay, sí! Es mi marido.

LINDA.—¡Qué suerte! (*Transición*) ¡Huy! Perdone. Quise decir que me alegro mucho de conocerla.

ROSALÍA.—Pues tanto gusto... Este es mi marido.

LINDA.—(*Mirando atentamente a Lorenzo*) ¿Este?...

MAGDALENA.—Sí, sí, este.

LORENZO.—¡Servidor!

ROSALÍA.—¿Es que no le gusta?

LINDA.—Al contrario. Me gusta muchísimo.

ROSALÍA.—Da las gracias, Lorenzo.

²⁵ 1953b, 1954, 1958: *figuras de la actualidad*

LORENZO.—Muchas gracias... Es favor. ¿Quiere usted una mantecada?

LINDA.—Es igual, igual que yo me lo había imaginado. No sabe una por qué, pero resulta que todos los sabios son iguales. (*Muy cariñosa*) ¿Cómo está usted?

LORENZO.—Figúrese... Moribundo.

LINDA.—Pues que sea para muchos años. ¿Puedo entrar?

ROSALÍA.—Pero, señorita...

MAGDALENA.—¿Quién es usted?

LINDA.—¡Ay, qué graciosas! ¿De veras no me conocen? Yo soy Linda Martín, la estrella de cine.

(Rosalía y Magdalena, al oír su nombre, van hacia ella con muchísima efusión)

ROSALÍA.—¿Qué ha dicho usted?

MAGDALENA.—¡Linda Martín!

ROSALÍA.—Pase, pase, por favor. Ya decía yo que conocía esta cara. ¡Linda Martín, en Villanueva! ¡Y en mi casa! Siéntese aquí...

(La sientan en el sofá, entre Rosalía y Magdalena. Lorenzo se queda solo, abandonado, al otro lado, sentado en un sillón, envuelto en la manta y contemplando la escena con verdadera estupefacción)

LINDA.—(*Felicísima*) Muchísimas gracias.

ROSALÍA.—Somos unas admiradoras. Aquí hemos visto todas sus películas.

LINDA.—¿Todas?

MAGDALENA.—¡Todas!

LINDA.—¿Han visto ustedes «Una mala mujer»?

MAGDALENA.—¡Sí!

ROSALÍA.—¡Huy! Dos veces. De mala mujer estaba usted monísima.

MAGDALENA.—¡Digo! ¡Pero si parecía un ángel de Dios!

LINDA.—Bueno. Pero no es mío todo el mérito. La censura me ayudó mucho...

ROSALÍA.—También la hemos visto retratada con su novio en las revistas...

LINDA.—(*Muy mundana*) ¡Pchs! Tanto como novio... ¿Qué voy a decirles a ustedes? Uno de esos amores destinados a la publicidad... ¿Qué no hará una por la publicidad? Y como si no tiene una novio no la retratan... Claro que con novio, toda la publicidad que se quiera. Si es soltero, una plana; si es casado, plana doble. Ya se sabe. (*Transición*) Pero a mí lo que me importa es mi arte... ¿Me han visto ustedes en «Isabel la Católica»?

ROSALÍA.—¡No!

MAGDALENA.—Todavía no.

LORENZO.—(*Con tímida curiosidad*) Oiga. ¿Qué papel hace usted en «Isabel la Católica»?

LINDA.—¡Por Dios!... Eso no se pregunta. ¡Yo soy Isabel la Católica!

LORENZO.—(*Asombradísimo*) ¿Usted?

LINDA.—¡Claro! Tenga usted en cuenta que soy primera actriz...

LORENZO.—(*Indignado*) Pero, señorita, usted no se parece en nada a Isabel la Católica...

LINDA.—(*Muy cargada de razón*) ¡Naturalmente! Es que si yo me pareciera a Isabel la Católica, la película no sería comercial...

LORENZO.—¿De veras?

LINDA.—¡Seguro! Isabel la Católica no es de público...

LORENZO.—¡Ah! ¿No?

LINDA.—(*Muy mona*) ¡Oh, no! ¡La pobre!...

ROSALÍA.—¡Lorenzo! Linda tiene toda la razón. ¿Y sabes lo que te digo? Que bien agradecida puede estarle Isabel la Católica...

MAGDALENA.—Eso mismo pensaba yo.

LINDA.—(*Con cierta modestia*) ¡Por Dios!... No merece la pena.

LORENZO.—(*Boquiabierto*) ¡Qué barbaridad!

LINDA.—Bueno. Estoy segurísima de que ustedes se están preguntando que por qué me he metido en su casa sin más ni más.²⁶

ROSALÍA.—¡Ay, no! Yo estoy encantada.

MAGDALENA.—Y yo, y yo. ¡De las cosas que se entera una cuando vienen forasteros!...

LINDA.—Pues verán ustedes. Desde hace quince días estamos rodando exteriores en el pueblo de al lado. Es una película rural, ¿comprenden? Una de esas películas que llevan dentro el alma de Castilla...

ROSALÍA.—¡Qué lata!

LINDA.—Sí, señora. Pero como le van a dar un premio... (*Transición*) El caso es que desde hace quince días en el pueblo no se habla más que de su marido.

LORENZO.—(*Interesadísimo*) ¿También allí?

LINDA.—¡Huy! Yo creo que en toda la provincia. Su nombre no se le cae de los labios a aquella gente. Como se va usted a morir... Y, claro, como una tiene mucha imaginación, y es muy romántica, y muy novelera, y es una sentimental, porque todo lo que me pasa me pasa por sentimental, pues me

²⁶ M: *en su casa sin más.*

dije a mí misma: «Ese señor no se muere sin que yo le conozca... A ese le cierro yo los ojos».

LORENZO.—(Con un escalofrío) ¡Caray! ¿Por qué se va usted a molestar?

ROSALÍA.—(Emocionada) ¿De veras dijo usted eso? (Transición) ¿Has oído, Lorenzo?

LORENZO.—Sí, sí...

ROSALÍA.—¿Estás contento?

LORENZO.—Mucho, muchísimo...

MAGDALENA.—Anda, hijo, que ya puedes estar orgulloso.

LINDA.—Conque dejé colgados a los de la película, cogí mi coche y aquí estoy. Por mi parte, ya se puede usted morir cuando quiera. Vengo decidida a que muera usted en mis brazos. (A Rosalía) ¡Digo! Si a usted no le importa...

ROSALÍA.—Por Dios...; tratándose de usted, con muchísimo gusto. Vamos, vamos al comedor y tomaremos una copita.

LINDA.—¡Oh! Por mí no se moleste.

ROSALÍA.—Si no es molestia. Si es que estas cosas son para las ocasiones... Además, me tiene usted que contar muchas cosas de su vida. ¡Ay, la vida de los artistas! ¡Debe de ser un sueño!

LINDA.—¡Ah! No quiera usted saber. Un vértigo. Banquetes, estrenos, fiestas, cócteles²⁷... Y, además, todas las noches voy al Café de Gijón.

ROSALÍA.—¿Al Café de Gijón? (Entusiasmadísima) ¡Eso es vivir!

(Salen las tres. Entra don Julián por el fondo. Viene con mucho misterio)

DON JULIÁN.—¡Chiss! ¿Estás solo?

LORENZO.—¡Sí!

DON JULIÁN.—(Entra, mirando a todas partes) Lorenzo, durante cuarenta años he ejercido mi carrera en Villanueva, y jamás²⁸ me ha fallado un pronóstico grave. Siempre que yo he dicho: «Este se muere», el aludido se ha muerto sin protestar... (Muy orgulloso) ¡Ni uno solo me ha llevado la contraria! Y tú, precisamente tú, me vas a dejar en ridículo. Porque a ti te conozco yo muy bien... Tú no te mueres.

(Está muy apurado. Va junto a Lorenzo y se sienta a su lado)

27 1953a: cóckteles

28 1953a, 1953b: jamás, jamás me ha

Esto hay que arreglarlo, Lorenzo. Así no podemos continuar ni un momento más...

LORENZO.—(*Con terror*) ¡Doctor! ¿Es que quiere usted que me muera de verdad?

DON JULIÁN.—¡Hijo!... Tú no sabes lo que es mi vida desde que se dice por ahí que te vas a morir. La gente de estos pueblos es muy sencilla y muy ingenua. Cuando alguien se muere, lo primero que se les ocurre es echarle toda la culpa al médico. Y, claro, como de pronto te han tomado ese cariño, están furiosos conmigo. Me miran de muy mala manera, ¿sabes? He tenido que dejar de ir al Casino, porque los socios empiezan a retirarme el saludo. La mujer del alcalde me ha escrito un anónimo, y no te digo cómo me pone. (*Afligidísimo*) No puedo salir de casa. Me paso los días encerrado entre cuatro paredes. Por piedad, Lorenzo; hay que descubrir la verdad. Hay que decirles a todos que tu enfermedad es una patraña que te has inventado tú mismo...

LORENZO.—¡No! ¡Eso, no!

DON JULIÁN.—¡Ah! ¿No? ¿Eh? (*Furioso*) ¿Conque te empeñas en seguir muriéndote?...

LORENZO.—¡Sí!

DON JULIÁN.—¡Lorenzo! Nunca creí que fueras tan egoísta.

LORENZO.—(*Suplicante*) Todavía no, don Julián; todavía no. No me pida usted que renuncie a esta felicidad de morirme poco a poco. ¿Es que no lo comprende usted? Estoy viviendo los días más hermosos de mi vida. ¿Quién era yo? El infeliz, el chiflado, el hazmerreír de las niñas del Instituto... Nadie creía en mi talento. Nadie leía mis libros.

DON JULIÁN.—Bueno. Nadie lee los libros de los sabios. Los sabios escribís libros para haceros rabiarse los unos a los otros...

LORENZO.—En cambio, míreme usted ahora, doctor. Todos me miran y me agasajan. Eso que tanto le he pedido a la vida, y con tanta vergüenza como si pidiera una limosna, ya es mío. El amor. Me quieren. Todos me quieren. Lo veo, lo siento. No lo pueden disimular, pobrecillos. Cuando voy por la calle, la gente se me queda mirando con un afecto y con una pena... Yo procuro consolarlos como puedo, y hasta les gasto alguna chirigota. Pero es inútil. No se consuelan con nada. Cada uno me expresa su amor a su manera, Magdalena, mi cuñada, se pasa la vida rezando por mí y cuidándome como a un niño... Y Rosalía... Bueno, mi mujer, como es tan insensata, es otro cantar. Ella, que se veía avergonzada de mí; ella, que se inventó otro marido, porque este infeliz no le servía para presumir, no quiera usted saber la importancia que se da ahora porque es mi mujer... ¡Y cómo me mimas! ¡Digo! Pero si hasta me trae mantecadas de la pastelería porque sabe que son mi deleite.

Antes me traía polvorones, porque sabe muy bien que siempre que como polvorones me atraganto... No falla.

DON JULIÁN.—¡Caramba!

LORENZO.—¿Se da usted cuenta, don Julián? Y así, en toda Villanueva... (*Conmovidísimo*) ¿Sabe usted que me van a levantar un busto en el Parque, por suscripción popular?

DON JULIÁN.—(*Alarmadísimo*) ¡No!

LORENZO.—¡Sí! Un busto. Y esta tarde, dentro de un ratito, el Ayuntamiento descubrirá una placa conmemorativa en la fachada de esta casa. Claro que el alcalde, para hacer economías, quería poner la placa con la inscripción ya completa: «Aquí vivió y murió el sabio historiador Lorenzo Hinojares»... ¿Comprende?

DON JULIÁN.—¡Qué bárbaro!

LORENZO.—Yo les²⁹ he convencido para que dejen un espacio en blanco y pongan eso después de mi muerte. Me ha costado mucho trabajo, no crea usted, porque el alcalde es muy suyo... (*Transición. Con gran emoción*) ¡Pero aún hay más!...

DON JULIÁN.—¿Más?

LORENZO.—Sí... Creo que me van a hacer académico.

DON JULIÁN.—(*Casi saltando*) ¡Lorenzo!

LORENZO.—Como lo oye. Parece que en Madrid pensaban hacer académico a Valdés. Pero al saber que yo me voy a morir de un momento a otro, como Valdés tiene muy buena salud y puede esperar, la Academia ha decidido nombrarme a mí, y luego, en seguidita, cuando yo me muera, harán académico a Valdés. Así se queda la Academia con la conciencia tranquila.

DON JULIÁN.—¿Y qué dice Valdés?

LORENZO.—Se ha portado muy bien. Ha dado todas las facilidades.

DON JULIÁN.—¡Pobre señor!

LORENZO.—Eso digo yo.

DON JULIÁN.—(*Asustadísimo*) ¡Lorenzo! ¿Adónde³⁰ vamos a parar? ¿No te das cuenta de que todo esto es una gran estafa?

LORENZO.—¡Sí! Es la gran estafa de la muerte. Pero ¿no cree usted que en esta estafa, en esta mentira, todos estamos jugando con la verdad? ¿Se atrevería usted a llamarme impostor solo porque digo que me voy a morir? La muerte es la única verdad cierta de nuestra vida... Y esas gentes engañadas, que

29 1958: *los he*

30 1953a, 1953b: *A dónde vamos*

me regalan ahora los honores y el cariño, ¿es que no se portan como si de verdad hubiera llegado la hora de mi muerte? Déjelos usted. Déjeme un poco más en peligro de muerte. Se lo suplico. Usted no sabe lo bien que se pasa... Lo tengo todo. Estoy viviendo los sueños de toda mi vida. ¡Un busto en el Parque! ¡Una placa en la fachada! ¡Un sillón en la Academia! ¡He conseguido que mi mujer se sienta orgullosa de ser mi viuda, cosa que no consigue ningún marido antes de morirse! Y usted, doctor, mi amigo, ¿quiere que renuncie a toda esta dicha? No, doctor. No puedo. No quiero, no quiero...

(Se oye bastante lejos una música. Es la banda del pueblo, que toca un pasodoble. El doctor y Lorenzo, al tiempo, se ponen en pie)

DON JULIÁN.—¿Qué es eso?

LORENZO.—*(Radiante)* ¿Oye usted?

(Irrumpe Clotilde, alborozadísima)

CLOTILDE.—¡Señorito! Ya vienen los de la banda!... ¡Y dentro de nada llegarán los concejales y el alcalde! ¿No sabe usted lo mejor? ¡Va a venir el gobernador!

LORENZO.—*(En éxtasis)* ¡El gobernador!

CLOTILDE.—Sí, señor. Dicen que, cuando se ha enterado de que le iban a dar un homenaje al señorito, ha dicho que no se lo quería perder... Y le están esperando de un momento a otro. *(Que está mirando por el balcón)* ¡Virgen, qué gentío! ¡Si está todo el pueblo! ¡Ay, señorito, qué emoción! ¡Ay, señorito!

(Sale Clotilde, emocionadísima. Quedan otra vez Lorenzo y don Julián)

LORENZO.—¡Don Julián! ¿No estoy soñando? ¡Hasta el gobernador³¹ de la provincia!...

DON JULIÁN.—¡Lorenzo!

LORENZO.—¿Qué?

DON JULIÁN.—Todo esto es una barbaridad. A mí me va a dar algo...

LORENZO.—¡Don Julián! ¿Se siente mal?

31 1953a: *el gobernador civil de la*

DON JULIÁN.—Muy mal. Me estoy mareando. Me voy a caer de un momento a otro... Tengo frío. ¡Tengo mucho frío!

LORENZO.—¡Caramba! ¿Quiere usted que le ponga la manta?

(Y muy solícito, toma su manta y se dispone a envolver con ella a don Julián)

DON JULIÁN.—*(Frenético)* ¡Un cuerno!

LORENZO.—¡Oh!

(Aparecen, muy excitadas, Rosalía y Linda. Don Julián marcha al fondo, abre el balcón y se asoma)

ROSALÍA.—¡Lorenzo! Prepárate. Ya está al llegar el alcalde, y dentro de unos minutos llegará el gobernador.

LORENZO.—¡Vamos, vamos!...

LINDA.—Un momento. He traído conmigo un fotógrafo, que está esperando en el café, para que nos haga varias fotografías. Hay que hacer una sensacional. Usted, con la cabeza sobre mi pecho y mirándome profundamente a los ojos, como buscando en mí su último refugio...

ROSALÍA.—*(Con igual entusiasmo)* ¡Qué bonita foto!

LINDA.—*(Igual)* ¿Verdad que sí?

ROSALÍA.—Preciosa, preciosa... ¿Me la querrá usted dedicar?

LINDA.—Con mucho gusto...

LORENZO.—Oiga. ¿Cree usted que saldremos bien?

LINDA.—De primera. Y ya puede usted estar contento. Esa foto se publicará en todos los periódicos y en todas las revistas. Es usted el primer hombre que se muere en mis brazos.

ROSALÍA.—Cuando yo digo que tienes mucha suerte...

LINDA.—Ya me parece que estoy leyendo el pie: «Linda Martín, la estrella cinematográfica, asiste al sabio en sus últimos momentos». ¿Queda bien?

ROSALÍA.—¡Sí, sí! ¡Muy bien!

LINDA.—¡Ea! *(Satisfechísima)* ¡Esto, esto es lo que se llama publicidad moderna!... ¡Cómo van a rabiarse en Madrid más de cuatro! Porque por esta vez no se me ha adelantado ninguna otra fresca.

ROSALÍA.—¡Bravo! ¡Bravo!

(Aparece Clotilde)

CLOTILDE.—¡Señorito!

TODOS.—¿Qué?

CLOTILDE.—¡Que ya ha llegado el alcalde y está pasando revista a la banda!

TODOS.—¡Oh!

ROSALÍA.—¡Vamos! Tienes que ponerte el chaquet³²...

LORENZO.—¿El chaquet³³? Pero si no me lo pongo desde que nos casamos... Hace veinte años.

ROSALÍA.—No importa. Como no te lo has puesto más que una vez, todavía está de moda.

LINDA.—Vamos, vamos, que no está usted para perder el tiempo.

(Lo cogen cada una de un brazo y se lo llevan. Don Julián marcha detrás)

DON JULIÁN.—¡Lorenzo! Oye, Lorenzo...

(Está la escena sola. Entra, lentamente, Loreto. Muy despacito, se dirige al sillón de Lorenzo. Se sienta allí. Toma la manta, que está caída en el suelo, y la acaricia con suavidad... Se seca una lágrima. Un silencio. Entra Pedrín, en actitud errante, como un vagabundo. Pero al ver a Loreto se detiene)

PEDRÍN.—Hola, tú.

LORETO.—Hola.

PEDRÍN.—*(Con timidez)* ¿Estás llorando?

LORETO.—Un poquito.

PEDRÍN.—¿Por qué?

LORETO.—Porque se va a morir.

PEDRÍN.—*(Apenadísimo)* Ya, ya me lo figuraba.

LORETO.—¿Tú no lloras?

PEDRÍN.—*(A punto de saltársele las lágrimas)* No, mujer. Los hombres somos más fuertes.

LORETO.—Ya, ya. Los hombres...

PEDRÍN.—La vida, que nos endurece... ¿Sabes?

LORETO.—Bueno... Será eso.

32 1954, 1958: *el chaqué*

33 1954, 1958: *el chaqué*

(Un silencio. Loreto sigue llorando suavemente. Pedrín, que se ha sentado a su lado, la mira a hurtadillas)

PEDRÍN.—¿Le quieres mucho?

LORETO.—(Con la cabeza) Sí... Porque es un sabio. Y un santo. Para que lo sepas. Antes, cuando las chicas se reían de él, se las quedaba mirando con una pena... Ahora está algo cambiado, ¿sabes? Desde que sabe que se va a morir se da más importancia... Y casi no me mira. ¡Claro! ¡Como las otras le hacen tantas pamemas! Si supieras qué feliz era yo antes, cuando no le quería nadie. Entonces él me quería a mí sola...

PEDRÍN.—Oye... ¿Es que estás enamorada del tío Lorenzo?

LORETO.—Claro, hombre. ¿Es que no se me nota?

PEDRÍN.—(Asustado) ¡Chica!

LORETO.—Las mujeres siempre nos enamoramos del profesor...

PEDRÍN.—¿De veras?

LORETO.—¡Ay, hijo! ¿Y tú, que vienes de América, no lo sabes? Pues ¿qué os enseñan en América? A todas nos pasa igual. Purita, la pelirroja, está que bebe los vientos por el profesor de inglés. Pero como es tan mala y tan fresca, se pasa la vida dándole ocasiones y haciendo visajes con los ojos...

PEDRÍN.—¡Qué desahogada! Y el profesor, ¿qué dice?

LORETO.—Creo que va a pedir el traslado...

PEDRÍN.—¡Qué barbaridad! (Transición) Pues, mira: no me parece bien que te hayas enamorado del tío Lorenzo, porque es un hombre casado...

LORETO.—¡Anda! ¿Y eso qué tiene que ver?

PEDRÍN.—¡Chica!

LORETO.—(Con mucha dignidad) Yo estoy enamorada de don Lorenzo con un amor morbosos... Él no sabrá nunca que yo le quiero... Por eso es un amor morbosos. Porque los amores morbosos son los más decentes. Para que lo sepas.

PEDRÍN.—Eso es diferente.

LORETO.—Pues claro, hijo. Hay que ver lo que tardáis los hombres en enteraros de las cosas.

PEDRÍN.—¿Y te casarás con otro?

LORETO.—¡Qué sabe una! Como soy tan poquita cosa... (Transición. Lloro otra vez) ¡Ay, don Lorenzo de mi alma, que se va a morir!

PEDRÍN.—(Muy bajo, secándose una lágrima) Loreto.

LORETO.—¿Qué?

PEDRÍN.—Yo también soy muy desgraciado...

LORETO.—¿Tú? Pero ¿no vienes de América?

PEDRÍN.—No importa. Te digo que soy muy desgraciado y que no me echo a llorar porque soy un hombre. La vida es muy triste, Loreto...

LORETO.—(*Suspira*) Cuando tú lo dices, que tienes experiencia...

PEDRÍN.—¡Sí! La vida es muy triste. ¡Y todo es mentira! ¿Sabes? No creas nunca nada, Loreto. Los mayores mienten siempre. Cuando yo llegué aquí creía que mi tío Lorenzo era otro hombre distinto... Tía Rosalía nos había engañado durante veinte años, haciéndonos creer que tío Lorenzo era un héroe.

LORETO.—Es que esta doña Rosalía es una fantástica...

PEDRÍN.—Bueno. Pues mi madre también la había engañado a ella...

LORETO.—¿También?

PEDRÍN.—También. Mamá escribía a sus hermanas diciendo siempre que papá era un hombre maravilloso, que la quería con locura...

LORETO.—¿Y no es verdad?

PEDRÍN.—(*Muy bajo*) No. Papá no es un hombre maravilloso, ¿sabes? (*Se calla*) Otra mujer.

LORETO.—No me extraña... Las extranjeras son de abrigo.

PEDRÍN.—¡Ca! Es de la colonia española.

LORETO.—¿La conoces tú?

PEDRÍN.—Sí.

LORETO.—¿Guapa?

PEDRÍN.—Sí.

LORETO.—¡Qué sinvergüenza!

PEDRÍN.—Es una mujer muy moderna...

LORETO.—No, si me refiero a tu padre.

PEDRÍN.—¡Ah!

LORETO.—Porque ella..., ella debe de ser una fresca. Otra como Purita la pelirroja.

PEDRÍN.—¡Quia! Mucho peor...

LORETO.—¡Huy! Cualquiera sabe adónde³⁴ va a llegar esa largartona... (*Transición*) Oye, Pedrín, ¿qué dice tu madre?

PEDRÍN.—(*Muy ruborizado*) A mi madre no le importa. Ella solo piensa en su coche y en sus vestidos y en sus amigos...

LORETO.—¿De verdad?

PEDRÍN.—¡Sí!

LORETO.—¡Qué señora! También se parece un poco a Purita.

PEDRÍN.—Es mi madre.

34 1953a, 1953b: a dónde va

LORETO.—¡Oh, Pedrín! ¿Me perdonas?

(Él dice que sí con la cabeza. Un silencio)

Oye... ¿Y a quién quieres tú? ¿A tu padre o a tu madre?

PEDRÍN.—No quiero volver a Méjico nunca. ¿Me oyes? ¡Nunca! Me quedaré aquí para siempre. Por eso te digo que soy muy desgraciado. Porque no tengo a nadie...

LORETO.—¡Pedrín! ¿Vas a llorar? ¿Se te ha olvidado que eres un hombre?

PEDRÍN.—No se me olvida. Pero es que a veces... Si por lo menos no se muriera el tío Lorenzo. Él sí que me quiere. Pero se va a morir de un momento a otro...

LORETO.—¡Claro! Está al caer. *(Llorando con más desconsuelo)* ¡Ay, don Lorenzo! ¡Pobrecito mío! ¡Qué solos nos deja, Pedrín!

PEDRÍN.—Mucho, mucho.

LORETO.—¿Verdad que la soledad nos une?

PEDRÍN.—Un horror. Como que, si quieres, ya no nos separamos...

LORETO.—Eso... Eso pensaba yo... *(Llora)* ¡Ay, Pedrín!

(Aparece Lorenzo. Viste un antiguo chaquet,³⁵ con sombrero de copa de la misma promoción. Al verle, los dos chicos corren y se abrazan a él sollozando)

LORETO.—¡Don Lorenzo!

PEDRÍN.—¡Tío Lorenzo!

LORENZO.—Pedrín... ¿Estás llorando?

PEDRÍN.—¡No te mueras, tío Lorenzo! ¡No te mueras!

LORENZO.—*(Emocionadísimo)* ¡Chiquillos! ¿Estáis llorando por mí? ¿De verdad, Loreto? ¿Es eso? ¡Hijos míos! ¿Tanto..., tanto me queréis? *(Está a punto de llorar él también)* Es maravilloso. Es la primera vez que veo lágrimas, lágrimas verdaderas. ¡Hijos de mi vida! *(Transición)* ¡Ah, no! Pues esto sí que no. No quiero que sufráis... No quiero que lloréis vosotros. Vosotros, no. Vosotros, no. *(Con decisión)* ¡Ea! ¡Se acabó la farsa! Ya no me muero.

LORETO.—¡Don Lorenzo!

PEDRÍN.—¿Qué dices, tío?

³⁵ 1954, 1958: *chaqué*,

LORENZO.—¡He dicho que no me muero! ¡Fuera esas lágrimas! No lloréis más. No me muero, y no me muero... (*Nerviosísimo*:³⁶ a gritos) ¡Rosalía! ¡Magdalena!

LORETO.—Pero, don Lorenzo...

PEDRÍN.—Tío Lorenzo...

LORENZO.—¡Pobrecillos, cómo lloraban! ¡Hijos míos! ¡Don Julián! ¡Rosalía! ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Rosalía!

(*Surgen, alarmadísimos, a un tiempo, en tropel, Rosalía, Magdalena, doña Águeda, Linda y don Julián*)

ROSALÍA.—¿Qué ocurre?

MAGDALENA.—¿Qué es eso?

DOÑA ÁGUEDA.—¿Qué pasa?

DON JULIÁN.—¡Muchacho!

(*Estas frases, casi a un tiempo. Linda se adelanta heroicamente*)

LINDA.—¿Ha llegado el último momento? Pues aquí estoy yo... ¡Que llamen al fotógrafo!

LORENZO.—(*Furioso*) ¡No!

TODOS.—¡Ay!

LORENZO.—¡No hace falta el fotógrafo! ¡No hace falta nadie porque ya no me muero!

TODOS.—¿Cómo?

LINDA.—¿Qué dice?³⁷

LORENZO.—¡Lo que habéis oído! ¡Que estoy sano, completamente sano! Y, si Dios quiere, voy a tardar muchos años en morirme...

TODOS.—(*Estupefactos*) ¡No!

LORENZO.—¡Sí!

DOÑA ÁGUEDA.—(*Indignada*) ¿Qué dice este hombre?

MAGDALENA.—¿Te has vuelto loco?

ROSALÍA.—¡Lorenzo! ¿Te olvidas de que estás gravísimo?

LORENZO.—¿Sí, eh? Conque gravísimo. Ya, ya, mira, mira.

36 1953a: *Nervosísimo*

37 1954, 1958: *dices*

(Y con toda decisión, y con la mayor limpieza, empieza a hacer rápidas flexiones de brazos y piernas. Todos le miran horrorizados)

TODOS.—¡Oh!

ROSALÍA.—¡Lorenzo! ¿Qué significa esto?

LORENZO.—Significa que os he engañado a todos. ¿Me oyes? Significa que mi enfermedad es una mentira que he propalado yo mismo. ¡Yo! ¿Te enteras? Eso, eso es lo que significa. De manera que vayan ustedes despertando...

LINDA.—*(Indignada)* Oiga, oiga. ¡Usted no puede hacerme a mí esto!

LORENZO.—Conque no puedo, ¿eh? ¡Je!

ROSALÍA.—¡Lorenzo! ¿Por qué has mentado?

LORENZO.—Porque me moría de soledad. Porque me ahogaban las burlas de todo Villanueva. Porque tú te avergonzabas de mí...

ROSALÍA.—¡Lorenzo!

LORENZO.—¡Sí! ¡Tú! Porque necesitaba cariño... ¿Entiendes? Cariño. Y ya se ve que, si no da uno la seguridad de morir pronto, no le quiere nadie. Por eso. ¿Sabes? Por todo eso.

TODOS.—¡Oh!

LORENZO.—Pero acabo de ver llorar a estas criaturas, y eso sí que no, eso sí que no...

(Loreto y Pedrín, alborozadísimos y batiendo palmas, corren hasta Lorenzo y se abrazan a él)

PEDRÍN.—¡Bravo! ¡Bravo!

LORETO.—¡Viva, viva don Lorenzo!

LORENZO.—¡Chiquillos! ¿Estáis contentos?

ROSALÍA.—Pero ¿y ahora? ¿Qué va a pasar ahora?

LORENZO.—¿Ahora?

(Suenan, fuera, vibrantes, las notas de un cornetín que da un toque de atención)

TODOS.—¡Oh!

*(Irrumpe Clotilde emocionadísima)*³⁸

CLOTILDE.—¡Señorito! ¡Ya está en la plaza el gobernador!...

TODOS.—¡Oh!

LORENZO.—*(Muy asustado)* ¿El gobernador? Ahora tendré que decirles a todos la verdad.

DON JULIÁN.—Bueno, hijo. Pero díselo poco a poco, que les va a sentar muy mal...

LORENZO.—¡Sí! Es necesario. Adiós, hijos míos... Vuelvo. Vuelvo en seguida.

(Sale. Todos están consternados, excepto Pedrín, Loreto y Clotilde, que corren hacia el balcón y miran con alborozo hacia la plaza. En los demás, un rápido silencio)

MAGDALENA.—Bueno. Yo nunca me entero de nada. ¿Por qué nos ha engañado así?

ROSALÍA.—¡Magdalena! Si no fueras tan tonta como eres...

MAGDALENA.—¡Ay, mujer!

ROSALÍA.—Si no fueras tan tonta, repito, habrías comprendido que yo me di cuenta de todo desde el primer día...

MAGDALENA.—¡Anda! ¿Y por qué te has callado?

ROSALÍA.—Tengo mis razones.

(Fuera, el pueblo prorrumpe en grandes aplausos y vivas, y la banda inicia un saleroso pasodoble. Pedrín y Loreto, en el balcón, saltan de gozo, y también aplauden)

CLOTILDE.—¡Ya está ahí!

LORETO.—¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

PEDRÍN.—¡Tío! ¡Tío Lorenzo!

CLOTILDE.—¡Ya está hablando el alcalde!

DOÑA ÁGUEDA.—*(Amargamente)* ¡Pobre de mí! Y yo que le estaba preparando una fiesta con tanta ilusión... Está visto que no tengo suerte...

LINDA.—*(Indignadísima)* ¡Un timo! ¡Esto es un timo!

ROSALÍA.—¿Se quiere usted callar?

LINDA.—¡Un timo!

38 1953b, 1954, 1958: falta esta acotación.

ROSALÍA.—¡Magdalena! Si no se calla esta mujer, le doy una bofetada...

LINDA.—Claro que todo esto pasa porque estamos en España. ¡Si estuviéramos en Hollywood, este señor se moría de verdad!

(Sale Linda. Nuevos aplausos fuera)

DON JULIÁN.—¿Quién habla ahora?

CLOTILDE.—El alcalde, otra vez.

DON JULIÁN.—¡Cómo se aprovecha!

(Nuevos aplausos)

CLOTILDE.—¡Ya!

PEDRÍN.—¡Ya se acabó!

LORETO.—Ya viene... ¡Ya viene!

(Corren hasta la puerta del fondo Loreto, Pedrín y Clotilde. Todos los personajes miran hacia allá. Un segundo, y aparece Lorenzo. Sobre el chaquet³⁹ le han puesto una gran banda)

LORENZO.—¡Je!

DON JULIÁN.—Lorenzo... ¿Se lo has dicho?

LORENZO.—No, señor.

TODOS.—¡Oh!

LORENZO.—¿Qué quiere usted? *(Baja la cabeza avergonzado)* No he tenido valor. Como estaban los pobres tan ilusionados...

DON JULIÁN.—Pero, Lorenzo...

LORENZO.—Además, todo esto es tan hermoso. Los aplausos, los vivos, la música... Esta gloria. ¡Qué lástima que todo esto no sea para los vivos!

(Fuera, entre grandes aplausos, la banda ataca un pasodoble muy marcial. Clotilde, Loreto y Pedrín llaman alegremente desde el balcón)

CLOTILDE.—¡Señorito!

LORETO.—¡Don Lorenzo!

39 1954, 1958: *chaqué*

PEDRÍN.—Corre, tío. Ven aquí...

LORENZO.—¿Es a mí?

PEDRÍN.—¡Claro!

LORENZO.—(*Muy satisfecho*) ¡Voy! (*Como disculpa*) Usted perdone, don Julián.
Pero, como es la última vez, no me lo quiero perder...

(Corre hacia el balcón. Sale. Se inclina sobre la barandilla, saludando gozosa y repetidamente con el sombrero de copa en la mano. Sigue la música)

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado.

(Al levantarse el telón, Rosalía, Magdalena y don Julián meriendan sentados en torno a la mesa camilla. Clotilde, en pie, sirve)

CLOTILDE.—Hala, hala, don Julián. Otro bollito.

DON JULIÁN.—Sí, hija. Se agradece.

MAGDALENA.—Las rosquillas también están ricas.

DON JULIÁN.—¡Vaya si lo están!

ROSALÍA.—¿Quiere usted una copita?

DON JULIÁN.—(*Encantado*) También, también. ¡Ay! Estas meriendas a la antigua, como Dios manda, son una bendición... Yo es lo que más noto en falta cuando paso una semanita en Madrid, como ahora. Porque, hijas mías, la verdad es que en Madrid ya no saben comer.

MAGDALENA.—¿De veras?

ROSALÍA.—¡Ay! Cuente, cuente, don Julián.

DON JULIÁN.—No queráis saber. En casa de mis sobrinas, que siempre han sido muy apegadas a la tradición, se desayunan con una taza de té y un jugo de naranja.

ROSALÍA.—¡No!

DON JULIÁN.—Sí, hija, sí. A mediodía se toman cualquier pisco-labis y, por la noche, con una pandilla de amigos, se van a cenar a una cafetería...

MAGDALENA.—¡Qué poco recato!

DON JULIÁN.—¿Y a que no sabéis lo que cenan?

ROSALÍA.—¿Qué cenan?

DON JULIÁN.—¡Bocadillos de lechuga!

MAGDALENA.—¡Virgen!

CLOTILDE.—(*Indignada*) Pero a esa gente la tiene que castigar Dios...

DON JULIÁN.—Eso digo yo.

MAGDALENA.—¡Ay, Madrid, Madrid!

DON JULIÁN.—Yo, que siempre he sido un liberal, en lo que toca a comer, soy el más reaccionario... Por estas cosas, no paso. (*Con nostalgia*) Antes, cuando le invitaban a uno a almorzar, la dueña de la casa se levantaba al amanecer, empezaba a guisar y ya no paraba hasta la hora de la comida. ¡Y cómo guisaban las señoras hace treinta años! ¡Qué comidas! Daba gloria. Ahora

está todo muy cambiado. Aquí mismo, en Villanueva, desde que el alcalde ha empezado a dar cenas frías, estamos perdidos...

MAGDALENA.—A mí eso de las cenas frías me parece de muy mala educación...

ROSALÍA.—Es que es una costumbre de Nueva York...

DON JULIÁN.—Lo creo. ¡Nueva York está haciendo mucho daño a los pueblos!

MAGDALENA.—¡Ay, sí! Estos pueblos ya no son lo que eran...

DON JULIÁN.—¡Figuraos! Las damas de la Junta contra las Malas Costumbres, para recaudar fondos contra las malas costumbres, van a dar una fiestecita con una animadora...

MAGDALENA.—(*Con severidad*) ¿Está usted seguro?

DON JULIÁN.—Te diré.

MAGDALENA.—Pues no me parece bien. Porque lo de las animadoras es muy mala costumbre...

DON JULIÁN.—¡Toma! Eso les he dicho yo. Pero las damas dicen que si no hacen concesiones se quedan solas...

MAGDALENA.—¡Oh!

DON JULIÁN.—¿Y qué quieres que hagan las pobres? Total, que tendremos animadora.

MAGDALENA.—(*Muy sensata*) ¡Ay, don Julián, don Julián! ¿Y yo que creo que la culpa de todo la tiene el fútbol?

DON JULIÁN.—(*Muy sorprendido*) ¡No me digas!

MAGDALENA.—Que sí, señor. Antes, cuando no había tanta afición al fútbol, la gente era más respetuosa. ¡Ea!

DON JULIÁN.—Pues mira, Magdalena, a mí que no me toquen al Deportivo de Villanueva...

MAGDALENA.—(*Asombradísima*) Pero, don Julián...

ROSALÍA.—¿Usted también?

DON JULIÁN.—¡Je! (*Un poco corrido*) No lo puedo negar. Y si supieras⁴⁰ qué disgustos me cuesta esta afición... Estos días los estoy pasando fatal.

ROSALÍA.—¿De veras?

DON JULIÁN.—Sí, hija. Tenemos lesionado a Juanote, el defensa central, y no sé qué va a ser de nosotros el domingo...

ROSALÍA.—(*Riendo*) ¡Don Julián!

CLOTILDE.—(*Muy campechana*) Ande, ande, don Julián. Tómese otro bollito y no se preocupe, que ya verá usted cómo juega Juanote el domingo...

DON JULIÁN.—(*En confianza*) ¿Tú crees?

40 1953a, 1953b: *si supierais*

CLOTILDE.—Sí, señor. ¡Juanote es muy bruto!

DON JULIÁN.—(*Más reconfortado*) Esa esperanza me queda.

(Ríen todos. De pronto, estalla en la calle el mismo jubiloso rumor de las burlas infantiles en torno a Lorenzo, tal como se oían en el primer acto. Se oye, además, un prolongado y aterrador silbido. En escena se hace un súbito silencio. Y Rosalía se pone en pie como movida por un resorte)

DON JULIÁN.—¡Caramba! ¿Qué es eso?

ROSALÍA.—(*Indignada*) ¡Mi marido!

DON JULIÁN.—¿Cómo?

ROSALÍA.—¡Que viene mi marido!

DON JULIÁN.—¡Oh!

(Va al fondo y mira a la plaza a través de los cristales del balcón)

¡Demonio! Esas chicas... Pero ¿es que otra vez le han perdido el respeto?

ROSALÍA.—¡Otra vez!

DON JULIÁN.—Entonces, estamos como antes...

ROSALÍA.—¡Quia! Estamos muchísimo peor.

DON JULIÁN.—¡Ave María! ¡Pobre Lorenzo!...

ROSALÍA.—(*Con hondísima amargura*) Sí, don Julián. La farsa de mi marido no ha caído bien en Villanueva. En este pueblo la gente es muy seria. Y cuando alguien dice que se muere es para morirse de verdad... ¡Pues no faltaría más!

DON JULIÁN.—¡Qué barbaridad!

ROSALÍA.—Por eso, como yo sabía que la enfermedad de Lorenzo era un embuste suyo y estaba muy segura de que no se moría, porque yo soy muy mal pensada y siempre pienso lo peor...

DON JULIÁN.—¡Rosalía!

MAGDALENA.—Mujer...

ROSALÍA.—Quiero decir que yo estaba muy tranquila por su vida, porque a mí no me engañó como a los demás. ¿Entendido? Por eso me⁴¹ callé y me aproveché de su mentira para vivir una vida que no había vivido nunca... ¡Y qué días! ¡Qué popularidad! ¡Qué halagos! ¡Qué delicadezas! ¡Digo! Pero si hasta me

41 1953a: *por eso callé*

hacían el amor, que es la mayor delicadeza que se puede tener con una mujer casada...

DON JULIÁN.—¿Tú crees?

LORETO.—Sí, don Julián. Pero todo eso acabó.

CLOTILDE.—(*Muy sentida*) Se comprende. ¿Quién se va a fijar en la señora, sabiendo que el señor tiene una salud de hierro?

ROSALÍA.—Nadie, Clotilde, nadie.

CLOTILDE.—¡Pobrecita señora! ¿Tiene o no tiene mala suerte?

DON JULIÁN.—(*Absorto*) ¡Demonio! Entonces, ¿a ti te perjudica que tu marido haya recobrado la salud?

ROSALÍA.—Naturalmente, doctor. ¿No lo está usted viendo?

DON JULIÁN.—Vaya, hija. Pues te acompaño en el sentimiento...

ROSALÍA.—Muchas gracias, don Julián. Pero ya no tiene remedio. He vuelto a ser la mujer de un hombre del que se ríe todo el mundo...

(Se seca un lágrima, vuelve la cabeza y se queda mirando en éxtasis el retrato del general)

Si él levantara la cabeza...

DON JULIÁN.—¿Quién?

ROSALÍA.—¡El general!

DON JULIÁN.—¡Ah!

(Todos, sugestionados, se quedan mirando con embeleso el retrato)

ROSALÍA.—¡Él sí era un gran hombre!

CLOTILDE.—¡Y qué buen mozo!

ROSALÍA.—¡Qué gesto! ¡Qué arrogancia!

CLOTILDE.—¡Qué señor más cabal!

ROSALÍA.—¡El héroe de la guerra de Cuba! Era amigo de la reina Cristina y entraba en Palacio como en su casa. ¡Nadie podrá borrarle de la Historia de España!

(Aparta los ojos del retrato. Se seca otra lágrima)

Buenas tardes, don Julián... Discúlpeme.

DON JULIÁN.—Sí, hija...

(Sale Rosalía. Dócilmente, la siguen, en silencio. Magdalena y Clotilde. Queda solo don Julián. Muy confuso, se queda mirando, en suspenso, el retrato del general)

¡Caramba! ¡Caramba!

(Por el fondo, asoma, con bastantes precauciones, la cabeza de Lorenzo)

LORENZO.—¡Chiss! ¿Está usted solo?

DON JULIÁN.—¡Lorenzo!

LORENZO.—Es que no quisiera encontrarme con Rosalía. La pobrecita está muy dolida. Y tiene razón. Como cuando yo estaba a punto de morir ella lo pasaba tan bien...

DON JULIÁN.—*(Emocionadísimo)* ¡Hijo! ¿Qué voy a decirte? Ten valor. ¡Mucho valor!

LORENZO.—¡Anda! Pero si lo peor no es eso...

DON JULIÁN.—¿No?

LORENZO.—No, señor. Tampoco me preocupa que mi mujer haya vuelto a su manía de ensalzar a todas horas la memoria del pobre general, que en paz descansa, solo para demostrarme que yo soy muy poquita cosa. ¡Pchs! Eso no tiene importancia. Después de todo, ya se sabe: todas las mujeres tiene un abuelo para fastidiar al marido... Y si no lo tienen se lo inventan, y fastidian muchísimo más. Lo peor... *(Afligidísimo)* ¡Lo peor es que han vuelto a darme para merendar chocolate con polvorones!

DON JULIÁN.—*(Indignado)* ¡No!

LORENZO.—Sí, señor. Desde que gozo otra vez de buena salud se acabaron para mí los mimos, los cuidados, las zalamerías. Se acabaron los huevos fritos.

DON JULIÁN.—¿También?

LORENZO.—También. Claro que fuera de casa, en el pueblo, es muchísimo peor. Para mí que a la gente de Villanueva le ha sentado muy mal que yo no me haya muerto de verdad... Yo lo comprendo. La gente de este pueblo tiene mucho amor propio. Y como se habían hecho a la idea... Cuando voy por la calle, algunos se me quedan mirando de muy mala manera, como pidiéndome explicaciones por no haberme muerto. Por delante del Ayuntamiento no me atrevo a pasar. El alcalde está furioso. Me han contado que va diciendo por ahí que de él no se ríe nadie. Que, o me muero de verdad, o me rompe la cabeza. Y le creo muy capaz. El alcalde es muy bruto. Cuando había elecciones, ganaba siempre...

DON JULIÁN.—¡Pobre Lorenzo!

LORENZO.—(*Sonríe humildemente*) Sí, señor. Tiene usted razón. ¡Pobre Lorenzo!... ¡Pobrecito embustero! Mi mentira solo me ha dado unos días de felicidad, tan pocos y tan fugaces, que ahora los recuerdo como un sueño... El más bello sueño de toda mi vida. ¡Cómo me admiraban! ¡Cómo me querían! Y todo por nada: porque me iba a morir. Hay que ver... ¿Eh? La verdad me ha devuelto otra vez a lo que era. Un solitario. Un sabio ridículo. ¡Je! Un pobre hombre al que nadie cree preciso demostrarle su cariño, porque ya no está en peligro de muerte... ¡Como si solo necesitáramos que nos quisieran cuando nos vamos a morir! (*Transición*) ¿Sabe usted, don Julián? He descubierto que ese amor repentino que todos sentimos junto a la persona que se va a morir no es un verdadero amor. Es miedo... ¿Comprende usted? Es miedo y remordimiento por no haberle querido antes todo lo que debíamos⁴² haberle querido. Por eso, a los moribundos se les colma de amor. Es como si en esas últimas horas quisiéramos devolverles todo el cariño que no les hemos dado antes. Todo el amor que podría haberles⁴³ hecho tan felices, tan felices. ¡Y pensar que solo por lograr un poco de ese amor se me ocurrió el grotesco juego de fingir mi muerte! Solo por eso los engañé a todos. Por un poco de mimo, por unas migajas de ternura, que me hacían tanta falta, tanta falta...

DON JULIÁN.—(*Enternecido*) ¡Hijo mío! Entonces, ¿tu caso no tiene remedio?

LORENZO.—Si no⁴⁴ me muero de verdad, no, señor.

DON JULIÁN.—¡Porras!

LORENZO.—(*Dolorosamente*) Y, la verdad, no me decido, aunque se empeñe el alcalde...

DON JULIÁN.—¡Lorenzo! ¿Sabes que esta mañana ha muerto Jerónimo, el librero?

LORENZO.—(*Muy asustado*) ¿De verdad?

DON JULIÁN.—Sí, hijo. Ya te dije que a mí no me falla uno. Donde yo pongo el ojo...

LORENZO.—¡Pobre Jerónimo! Entonces, si mi mentira hubiera sido verdad, ¿hoy hubiera muerto yo?

DON JULIÁN.—Eso es...

LORENZO.—¡Qué espanto! (*De pronto*) Doctor..., ¿me encuentra usted bien?

DON JULIÁN.—¿Qué dices?

42 1953a, 1953b: *que deberíamos haberle*

43 1958: *haberlos hecho*

44 1954, 1958: *Si me muero de verdad, no.*

LORENZO.—¿Por qué no me hace usted un reconocimiento?

DON JULIÁN.—¡Vamos, hombre, vamos! ¿Te has vuelto loco?

LORENZO.—Mire usted, doctor, que yo soy muy supersticioso... Y tengo muchísimo miedo.

(Salen los dos. Por un instante queda la escena sola. Entra Rosalía, muy agitada, con un sobre en la mano)

ROSALÍA.—¡Magdalena! ¿Dónde estás? ¡Magdalena!

(Surge Magdalena precipitadamente)

MAGDALENA.—¡Ay! ¿Qué quieres?

ROSALÍA.—¡Carta de Méjico!

MAGDALENA.—*(Muy contenta)* ¿De Victoria? A ver, a ver...

ROSALÍA.—Toma, lee... Ya verás.

MAGDALENA.—¿Qué ha pasado?

ROSALÍA.—¡Es increíble! Nunca me lo hubiera figurado... ¡Nunca!

(Magdalena toma la carta con ansiedad. Rosalía pasea de un lado para otro)

MAGDALENA.—*(Leyendo)* «Méjico, diez de noviembre.... Queridísimas hermanas.»

ROSALÍA.—Sigue, sigue.

MAGDALENA.—*(De pronto)* ¡Virgen!

ROSALÍA.—¡Sigue!

MAGDALENA.—¡Victoria se separa de su marido!

ROSALÍA.—¡Sí!

MAGDALENA.—¡Por eso nos ha mandado a Pedrín!

ROSALÍA.—¡Sí!

MAGDALENA.—Pero ¡todo esto es horrible, Rosalía! ¡No puede ser! ¡Si los creíamos tan felices! ¿Es que Victoria nos ha engañado durante tantos años?

ROSALÍA.—¡Sí! Ella misma lo confiesa al final... Todo, todo era mentira. Durante veinte años en sus cartas ha desfigurado la realidad. Se ha inventado otro marido. Solo para presumir ante nosotras, claro. Para hacerme sufrir a mí. Eso es. Porque Victoria es mujer y sabe que a las mujeres la buena suerte de las demás nos afecta mucho...

MAGDALENA.—¡Oh!

ROSALÍA.—¡Qué grandísima embustera!

MAGDALENA.—¡Rosalía! ¡Por Dios!...

ROSALÍA.—¡Y este es el matrimonio más feliz del mundo! Ahora resulta que el marido ideal es un fresco, que la abandona como el último de los granujas. ¡Claro! Lo natural. Como también es muy natural que se divorcien, porque para eso viven en América. ¡Si debí figurármelo todo! ¡Si no sé cómo ha podido engañarme! (*Ofendidísima*) ¡Vamos! ¿Es que se puede mentir tanto durante tanto tiempo?

MAGDALENA.—(*Tímidamente*) Mujer... A ti, ¿qué voy a decirte?

ROSALÍA.—¡Engañarme a mí! ¡A su hermana! ¿Se puede hacer esto conmigo?

MAGDALENA.—Bueno... Tú también la has engañado a ella.

ROSALÍA.—(*Con dignidad*) ¡No es lo mismo!

MAGDALENA.—(*Boquiabierta*) ¿No?

ROSALÍA.—¡No! Te lo digo yo.

(*Surge Pedrín, en el fondo, alborozadamente*)

PEDRÍN.—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! Me estoy aprendiendo de memoria la historia de Villanueva. ¿Queréis verlo? Esta muy noble ciudad fue fundada en el siglo doce, por un capitán de infantería. Como desde entonces la población aumenta sin cesar, se calcula que dentro de cincuenta años Villanueva tendrá más de sesenta mil habitantes. En el Ayuntamiento están muy preocupados con esta amenaza de superpoblación, y parece que van a tomar medidas... ¿Qué os parece?

(*De pronto, repara en el sobre que está sobre la mesa camilla*)

¡Oh! ¡Carta de Méjico! ¡Letra de mamá! ¿Puedo leerla?

(*Y sin esperar respuesta, se embebe alegremente en la lectura de la carta. Rosalía y Magdalena, asustadas, dan un paso hacia el muchacho*)

ROSALÍA.—¡Pedrín!

MAGDALENA.—¡Espera!

(Un silencio. Pedrín deja de leer la carta, que se le⁴⁵ desprende de las manos y cae al suelo. Baja la cabeza)

PEDRÍN.—Bueno... Entonces ya lo sabéis todo.

ROSALÍA.—¡Hijo!

MAGDALENA.—Pedrín...

ROSALÍA.—¿Tú lo sabías?

PEDRÍN.—Sí...

ROSALÍA.—¿Por qué no nos lo dijiste?

PEDRÍN.—Porque me daba vergüenza.

ROSALÍA.—¡Hijo mío! ¿Vas a llorar?

PEDRÍN.—¿Yo? Yo no lloro nunca.

ROSALÍA.—Pedrín...

PEDRÍN.—¡Déjame!

(Se suelta. Sale corriendo. Solas, otra vez, Magdalena y Rosalía)

ROSALÍA.—¡Pobre hijo! ¡Dios mío, qué locos! ¡Pero qué locos!...

(Una pausa. Rosalía va de un lado para otro. De pronto, se detiene indignada ante Magdalena)

¡Magdalena!

MAGDALENA.—*(Sobresaltada)* ¡Ay! ¿Qué?

ROSALÍA.—¿Por qué no dices algo?

MAGDALENA.—Pero si nunca me dejas hablar...

ROSALÍA.—¿Qué estás pensando?

MAGDALENA.—Nada... Me acuerdo ahora de cuando las tres éramos niñas y nos reuníamos en esta misma habitación, a escondidas, para contarnos nuestros secretos. Claro que entonces tampoco me dejabais hablar... Yo era la hermana buena, insignificante y pobrecita, que oía con los ojos abiertos de par en par vuestras maravillosas fantasías. Porque yo también soñaba, ¿sabes? Pero a vosotras mis sueños os hubieran hecho reír. Yo soñaba aventuras humildes y sencillas, de esas que pasan de verdad en la vida. ¿Comprendes? Un marido, unos hijos. Esta casa... Yo no hubiera sabido inventarme otro marido, como vosotras. Yo hubiera querido de verdad a mi marido. Al mío. Yo, ¿oyes,

45 1958: *que se desprende*

Rosalía?, yo hubiera sido muy feliz con un hombre como Lorenzo. Y estaría muy orgullosa de ser su mujer...

ROSALÍA.—(*Muy bajo, sorprendida*) ¡Magdalena!...

MAGDALENA.—(*Ruborizada*) ¡Jesús! ¡Qué cosas digo! Bueno, después de todo, lo que yo diga no puede tener importancia. Yo no soy más que la solterona de la familia. ¡La pobre Magdalena! ¿Qué sé yo de las cosas de hombres y mujeres? ¿Qué sé yo de la vida? Nada. Perdóname, Rosalía, ¿quieres?

ROSALÍA.—Pero, Magdalena...

MAGDALENA.—(*Sonríe*) Deja... Me voy. Me voy a rezar un poco.

(*Sale. Rosalía queda inmóvil, viéndola marchar*)

ROSALÍA.—¡Magdalena! Espera... Escucha...

(*Piensa. Bruscamente, parece que toma una decisión y sale corriendo. La escena, sola. Lentamente, abstraído, entra Pedrín. Durante unos segundos queda en el fondo, contemplando la placita, junto a los cristales del balcón. Y en seguida, Loreto, por el fondo*)

LORETO.—¡Pedrín! ¿Estás ahí?

PEDRÍN.—¡Loreto!

LORETO.—¡Ay, Pedrín de mi alma!

PEDRÍN.—¡Chica!

LORETO.—¡Ay, qué desgraciadísima soy!

PEDRÍN.—Oye, oye... ¿Qué te pasa?

LORETO.—Pues que me he pegado con Purita, la pelirroja.

PEDRÍN.—¡Atiza!

LORETO.—Pedrín, no seas flamenco...

PEDRÍN.—Oye... ¿Y os habéis hecho daño?

LORETO.—Ella a mí, ni pizca, porque no le he dado tiempo; pero yo le he arrancado un poquito de pelo... Para que lo sepas.

PEDRÍN.—¡Chica! ¿Sabes que eres de cuidado? ¡Mira que arrancarle el pelo! ¡Pobre Purita!

LORETO.—¡Eso, eso!... ¡Ponte de su parte! ¡Defiende a esa pécora, después de que la culpa de todo la tienes tú!

PEDRÍN.—¡Anda!... ¿Dices que tengo yo la culpa?

LORETO.—¡Sí! ¡Tú y nadie más que tú! Para que lo sepas. Que hasta que tú llegaste a este pueblo estábamos todas tan tranquilas...⁴⁶

PEDRÍN.—(*Francamente satisfecho*) ¿Es que Purita y tú os habéis pegado por mí?

LORETO.—¡Sí!

PEDRÍN.—No me extraña... En Méjico me pasaba lo mismo.

LORETO.—(*Admiradísima*) ¡Ah! ¿Sí?

PEDRÍN.—Sí, chica. Es mi destino. Por donde yo paso, hay jaleo... Yo no sé qué les doy a las mujeres.

LORETO.—(*Indignadísima*) ¡Pedro, Pedrín!...

PEDRÍN.—¿Qué?

LORETO.—Tú eres un frívolo... Para que lo sepas.

PEDRÍN.—Bueno, si lo tomas así... Pero te aseguro que yo a Purita no le he dado pie para que se tome estas libertades.

LORETO.—¿Palabra de honor?

PEDRÍN.—Palabra...

LORETO.—Bueno, eso ya me deja más tranquila. (*Se seca sus lágrimas*) Oye, Pedrín, ¿por qué te sientas tan lejos?

PEDRÍN.—Mira... (*Muy prudente*) Porque cuando estoy a solas con una chica me gusta guardar las distancias. ¿Sabes? Estoy muy escarmentado.

LORETO.—¿Sí?

PEDRÍN.—Sí... Las mujeres se propasan en seguida.

LORETO.—(*Un chillido*) ¡Ayyyy!...

PEDRÍN.—¡Loreto!

LORETO.—(*Llorando*) Pero ¿por quién me tomas?

PEDRÍN.—Bueno, bueno... Si sabré yo lo que pasa.

LORETO.—¡Pedrín!

PEDRÍN.—¿Qué?

LORETO.—Dime la verdad. ¿Toda la vida vas a ser tan cruel con las mujeres?

PEDRÍN.—¡Pchs! Qué sé yo. Los hombres de carácter no cambiamos así como así...

LORETO.—¡Ay, Virgen Santísima! Entonces, ¿qué va a ser de mí cuando nos casemos?

PEDRÍN.—(*Casi en un brinco*) Oye, tú... Pero ¿es que tú y yo nos vamos a casar?

LORETO.—¡Claro! Por eso le he arrancado el pelo a Purita. Para que se vaya enterando y no se haga ilusiones...

PEDRÍN.—¡Loreto! Pero si todavía no me he declarado...

46 1953a: todas bien tranquilas...

LORETO.—¡Anda, hijo! ¿Y eso qué importa? ¿No sabes que todo el mundo dice que somos novios? En los pueblos hay que hacer siempre lo que dice la gente... Para que lo sepas.

(Se oyen fuera unas voces angustiosas de Lorenzo. Loreto y Pedrín se ponen en pie súbitamente)

LORENZO.—*(Dentro)* ¡Socorro!

LORETO.—¡Ay! ¿Has oído?

PEDRÍN.—¡El tío Lorenzo...!

LORENZO.—*(Dentro, más cerca)* ¡Rosalía! ¡Magdalena! ¡Clotilde!

LORETO.—¡Don Lorenzo!

LORENZO.—*(Dentro)* ¡Socorro!

LORETO.—¿Oyes? Está pidiendo socorro...

(Aparecen por distintos lugares Magdalena y Clotilde)

MAGDALENA.—¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas?⁴⁷

(Aparece Lorenzo en la puerta del fondo. Viene completamente trastornado. En el rostro se le reflejan el miedo y el susto. Va cubierto de polvo)

PEDRÍN.—¡Tío!

LORETO.—¡Don Lorenzo!

CLOTILDE.—¡Señorito!

LORENZO.—*(Desfalleciendo)* ¡Socorro...! Ayudadme. No puedo más. Me voy a caer de un momento a otro.

MAGDALENA.—Pero ¿qué te sucede?⁴⁸

TODOS.—*(Gritando)* ¡Ay...!⁴⁹

MAGDALENA.—¡Dios mío!

LORETO.—¡Ay, don Lorenzo!

PEDRÍN.—¡Tío Lorenzo!

47 M, 1953a añaden aquí la siguiente intervención de Clotilde: *¿Quién llama? ¡Señorito!*

48 M, 1953a, 1953b añaden aquí la siguiente intervención de Lorenzo: *(Temblorosísimo) ¡Que me ha atropellado un coche!*

49 1954, 1958: la intervención es de Lorenzo.

(*Todos le rodean. Lorenzo está temblorosísimo*)

MAGDALENA.—¡Habla! Di qué ha pasado...

LORENZO.—Pero si casi no lo sé... Iba yo dando un paseo por la carretera, junto al río, como todas las tardes, cuando de pronto he sentido un golpe tremendo y he salido rodando. Después he visto un coche lleno de gente, que paraba, y dos señores que han venido a mí y han empezado a dar gritos...

MAGDALENA.—¡Ah! ¿Sí?

LORENZO.—Sí, sí. Estaban muy enfadados. Por lo visto les⁵⁰ ha molestado mucho que yo también fuera por la carretera.

MAGDALENA.—¿Es posible?

LORENZO.—Claro que yo les he pedido perdón. Entonces se han apaciguado un poco y me han dejado solo. (*Apuradísimo*) Pero yo estoy muy malo. Me duele todo el cuerpo... ¡Ay, mi cabeza! Me mareo. Me caigo.

TODOS.—¡Ay!

MAGDALENA.—¡Lorenzo!

LORENZO.—Dame algo, Magdalena. Llamad a don Julián... No puedo más. Yo me voy a morir...

MAGDALENA.—¡Ay, Lorenzo!

PEDRÍN.—¡Tío!

LORETO.—¡Don Lorenzo!

(*En medio de la confusión, Clotilde se planta en jarras*)

CLOTILDE.—¡Vamos! Pero qué cosas se le ocurren al señor...

TODOS.—¡Clotilde!

LORENZO.—Oye... ¿Qué te figuras?

CLOTILDE.—Ande, ande, don Lorenzo. No me haga paripés ni sea zalamero... Conque le han atropellado, ¿eh? Lo que pasa es que el señor lo ha pasado muy ricamente cuando estaba moribundo, y ahora, como le ha tomado el gusto, quiere repetir la hazaña...

LORENZO.—(*Aterrado*) ¡Clotilde! ¿Es que no me crees?

CLOTILDE.—Quite, quite, señorito. ¡Ay, qué hombre! Pero qué hombre este... ¿Pues no dice que le han atropellado? ¿Tiene o no tiene gracia?

50 1958: *los ha molestado*

(Y sale riendo, divertidísima. Magdalena, muy severa, se encara con Lorenzo)

MAGDALENA.—¡Lorenzo! Mírame bien... ¿Es verdad o no es verdad?

LORENZO.—*(Casi llorando)* ¡Te juro que sí, Magdalena!

MAGDALENA.—Conque sí, ¿eh? *(Muy enfadada)* Pues ¿sabes lo que te digo? Que esta vez no cuentes conmigo. ¡Ea!

LORENZO.—Pero, Magdalena...

MAGDALENA.—Esta vez no pienso rezar por ti ni un Padrenuestro... Para que te enteres.

(Y sale con toda su dignidad herida)

LORENZO.—*(Casi sin voz)* Magdalena...

(Lorenzo, desconsoladísimo, se queda frente a Loreto y Pedrín, que le miran con evidentes reservas)

¡Hijos míos! ¿Es que vosotros tampoco vais a creerme?

LORETO.—Vamos, vamos, don Lorenzo. Pero qué picardías se le ocurren...

PEDRÍN.—*(Con severidad)* Pero, hombre, tío Lorenzo...

(Salen juntos Loreto y Pedrín. Lorenzo, al quedarse solo, lleno de temblor, de miedo y de angustia, da un paso hacia ellos. Y casi solloza)

LORENZO.—¡Pedrín! ¡Hijo! ¡Loreto! ¡Que es verdad! ¡Que ahora es de verdad! ¡Que me han dado un golpe morrocotudo! ¡Que era un auto grandísimo! ¡Que estoy muy malo! ¡Que me duele todo el cuerpo! ¡Que no puedo!... ¡Que no puedo más! ¡Que me caigo! Pedrín, Loreto, Magdalena... ¡Socorro! ¡No me dejéis solo! Por piedad... ¡Que tengo mucho miedo!

(Está desoladoramente⁵¹ solo en medio de la estancia. Se seca unas lágrimas con desesperación. Mira en torno. Se encoge de hombros en un escalofrío. Toma la manta que está doblada en el sofá, se envuelve en ella y se sienta en su sillón, junto a la

51 1954, 1958: *desoladamente solo*

mesa camilla. Un silencio. Durante unos instantes se⁵² oyen sus entrecortados gemidos, mezclados con algún debilísimo sollozo. Hasta que, cerca, se oye la voz apremiante de Rosalía)

ROSALÍA.—(Dentro) ¡Lorenzo!

LORENZO.—(Debilísimo) Mi mujer...

ROSALÍA.—(Más cerca) ¡Lorenzo!

(Surge Rosalía. Viene de la calle y tiene puesto el abrigo. Está sobresaltadísima. Corre a Lorenzo y se arrodilla a sus pies)

¡Lorenzo! ¿Cómo estás? ¿Te han hecho mucho daño esos salvajes? Habla. ¿No me oyes? ¡Habla, por Dios!

LORENZO.—Rosalía... ¿Es que tú me crees?

ROSALÍA.—Pero, hombre de Dios, ¿cómo no voy a creerte, si no se habla de otra cosa en el pueblo?

LORENZO.—(Resucitando) ¿De veras? ¡Rosalía!

ROSALÍA.—La gente está indignada con los del coche y no me extrañaría que hicieran un disparate... Pero habla, Lorenzo. Dime que no ha sido nada. Dime que estás bien. Dime que no vas a morirte. Dímelo, por Dios, Lorenzo, dímelo. ¿No ves que lo necesito?

LORENZO.—Pero ¿eres tú, Rosalía, la que habla así?

ROSALÍA.—¡Sí! Yo. Tu mujer. Una loca, una insensata. Una soñadora. Una pobre mujer que hasta hace unos minutos no ha podido comprender todo lo que vales y todo lo que significas para ella. Estaba ciega, Lorenzo. ¡Perdóname! Solo tengo una disculpa. Tú no sabes lo que es la vida de una mujer con imaginación en el último rincón de una provincia.

LORENZO.—(Emocionadísimo) ¡Rosalía!

ROSALÍA.—Porque tú... (Muy orgullosa) ¡Tú sí que eres un gran hombre de verdad! (Mirando airadamente el retrato del general) ¡Como que ya quisieran muchos que presumen!

LORENZO.—¡Rosalía!

ROSALÍA.—¡Calla! No te muevas. No te alteres. Hay que reanimarte. Voy a darte una copa de coñac...

LORENZO.—¿Una copa de coñac? Déjalo, mujer, que tú lo guardas para las visitas...

52 1954, 1958: instantes se oyen

ROSALÍA.—¡Eso era antes! Desde hoy, lo mejor de esta casa será para ti...

LORENZO.—¿El coñac también?

ROSALÍA.—También. Toma, bebe. ¿Cómo estás ahora? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué te duele? Dímelo, Lorenzo. ¡Por Dios! ¿No ves que me muero de angustia?

(Entra precipitadamente don Julián)

DON JULIÁN.—Lorenzo, hijo mío. ¿Qué me dicen? ¿Cómo ha sido eso? ¿Cómo estás?

LORENZO.—Don Julián... Yo...

ROSALÍA.—¿Qué?

DON JULIÁN.—¿Qué?

LORENZO.—*(Conmovidísimo)* Yo estoy en la gloria...

(Surgen Pedrín, Loreto y Magdalena)

MAGDALENA.—¡Ay, Lorenzo! ¿Me perdonas? ¿Cómo iba yo a imaginarme? ¡Ay, Lorenzo, Lorenzo!

PEDRÍN.—¡Tío Lorenzo!

LORETO.—¡Ay, el pobrecito don Lorenzo, que casi me lo matan!

LORENZO.—¡Je! Pedrín, Loreto... Hijos.

(Entra Clotilde)

CLOTILDE.—¡Señorito! ¿Me perdona el señorito por haber sido tan mal pensada?

LORENZO.—¡Claro que sí! Estoy tan contento, tan contento. Porque ahora es de verdad...

(Todos le rodean. Lorenzo les⁵³ mira de uno en uno, emocionado)

¿Se da usted cuenta, don Julián? Ha sido hoy, precisamente hoy, cuando yo me tenía que haber muerto... ¿No es un aviso de la Providencia? Sí. Pero también es un consuelo que me envía Dios. Para que yo sepa que me quieren. Porque ahora es verdad. Todo es verdad. ¡Je! Todos. Todos me quieren. Si usted supiera qué hermoso es esto... Pero, Rosalía, si es verdad que nos queremos, ¿por qué no nos queremos todos los días, a todas las horas; si, en realidad, el

53 1958: *los mira*

fin siempre puede estar cerca, si de verdad, de verdad todos los días estamos a punto de morir? Si siempre puede quedarnos tan poco tiempo de estar juntos..., ¿por qué somos tan locos y tan egoístas? ¿Por qué nos regateamos los unos a los otros un poco de cariño? Sí solo vivimos para eso. Para querer. Para que nos quieran...⁵⁴

TELÓN

54 M añade una escena cómica de cierre: Linda viene a refugiarse en la casa huyendo de la gente del pueblo que quieren pegarle por haber atropellado a Lorenzo.



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE